

LA CARTERA

CUBANA.

JUNIO.-1839.



SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLOGICAS.

MES DE ABRIL.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 76	27 p. 73	27 p. 72	71 °	79 ° 25	71 ° 40	62 °	58 ° 25	63 °
2	75	71	71	71 50	75 10	73	61	54	59
3	73	68	70	72	77	75	62	57	65
4	75	73	73	73 50	73 75	76 85	67	64	72
5	75	69	68	75 70	79 15	76 85	69	65	73
6	69	63	63	75 50	80 15	77 50	68	67	73
7	63	60	60	75 75	79 75	73 19	65	68	74 75
8	59	57	56	77	82	79	74	71	70
9	56	53	53	73	82 50	79 85	65	66	72
10	67	64	67	79	82 85	80 55	65	69	73
11	68	62	64	79	82	80 50	69	62	66
12	66	62	62	79	81 80	79	60	53	64
13	64	64	64	75	79 75	78 50	61	52	67
14	66	63	67	76	78 75	76 75	66	60	66
15	68	65	65	77	80	78	68	61	66
16	65	65	65	76	82 50	79	67	60	64
17	65	62	67	75	81 35	79	65	58	63
18	69	67	68	77 50	83 35	80 25	57	59	62
19	70	65	65	79 50	83 35	84	64	47	63
20	66	63	64	79 75	83 40	81 50	66	65	70
21	69	63	65	81	84 75	81 40	72	63	72
22	69	64	66	80	82 85	80 25	65	62	67
23	67	64	64	80 50	80 90	73	68	65	68
24	64	60	66	77	77 85	76 25	65	71	59
25	68	65	70	77	80	78	57	50	58
26	71	70	73	76 50	80 20	78	67	59	68
27	72	73	73	76 25	81 35	78	66	57	66
28	73	70	69	76 15	82 20	78 25	62	53	62
29									
30									

NUBARRONES.—El 8 desde las 12 del dia; el 12 á las 11 de la noche; el 15 á medio dia; el 20 al oscurecer, y el 22 en la noche.—LLOVIZNAS.—El 10 á las diez y media de la noche; el 25 á las 2 de la tarde, y el 22 al medio dia.—CHUBASCOS.—El 13 al amanecer; el 21 á las 9 de la noche con truenos y relámpagos; el 23 á las doce y media de la noche, y el 25 de 5 á 9 de la mañana.—AGUACEROS.—El 26 á las 4 de la mañana.

TOMO 2.º

42

ESTADO DE HOSPITALES

MES DE ABRIL DE 1839.				
ENFERMEDADES.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.				
Encefalitis aguda	"	"	"	1
Tétanos	"	"	"	"
Convulsiones	3	"	"	"
Parálisis	"	"	"	"
Anginas	7	6	"	1
Gastritis agudas con fiebre	9	3	7	6
Idem crónicas	"	"	"	2
Tifo intertropical	1	"	"	"
Fiebres intermitentes	31	3	7	"
Bronquitis	60	10	12	3
Reumatismos	6	6	22	1
Asma	"	"	1	1
Pleuritis	"	"	4	1
Hemoptisis	5	"	1	1
Neumonitis crónicas	9	3	10	6
Afectos del corazón	"	"	1	"
Colitis diarreica	11	10	6	"
Idem disenterica	"	3	1	"
Hepatitis agudas	"	1	1	1
Obstrucciones	4	"	"	"
Nefritis simples	1	1	"	1
Idem calculosa	2	"	"	"
Metritis aguda	"	"	"	"
Histerismo	"	"	"	1
Viruelas	9	"	3	"
Sífilis y dolores osteocopos	42	2	"	3
Hidropesia	1	"	2	1
Escorbuto	1	1	"	"
Anemia	"	1	"	"
Suma	205	53	85	31
CIRUGIA.				
Contusiones	6	6	1	"
Dislocaciones	"	"	1	"
Fracturas	1	"	"	"
Heridas de armas blancas	4	13	1	"
Tumor blanco	"	"	"	1
Tumores simples	3	6	1	"
Bubones	15	"	"	"
Fimosis y paraquimosis	21	2	11	"
Uretritis	6	"	"	"
Úlceras y pústulas venéreas	27	1	1	"
Idem subinflamatorias	2	11	14	1
Oftalmias agudas	"	"	"	1
Idem y crónica venérea	31	1	"	"
Hafilomas	3	2	1	"
Escrecencia de las córneas	14	"	"	1
Nictalopias	2	"	"	"
Inflamaciones esternas	"	"	"	"
H ipes	6	"	"	"
Erupciones sarnosas	22	2	"	"
Erisipelas	"	"	5	"
Fístulas del ano	1	"	1	"
Hemorroides	2	"	"	1
Catarros vexicales	2	"	"	2
Hidroceles	2	"	"	"
Suma	176	47	40	7

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.º de abril de 1839	820	}	701
Entraron en dicho mes	881		
Se curaron	332	}	348
Fallecieron	16		

Quedaron para 1.º de mayo de 1839. 253

La mortandad estuvo á razon de 2,28 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de abril	265	}	490
Entraron en dicho mes	225		
Se curaron	181	}	220
Fallecieron	39		

Quedaron para 1.º de mayo 270

La mortandad estuvo á razon de 7,95 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de abril	131	}	169
Entraron en dicho mes	38		
Se curaron	18	}	34
Fallecieron	16		

Quedaron para 1.º de mayo 135

La mortandad estuvo á razon de 9,47 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en abril reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Ayuntamiento de Madrid

Abril.

Bronquítis.—Diarréas.—Dolores osteocopos.—Reumatismos.
—Gastrítis agudas.—Oftalmías.

Observaciones prácticas.

Las enfermedades precedentes corresponden de tal manera á un grupo especial, que no titubeamos en decir que son de una misma naturaleza. Las bronquítis, las diarreas &c, no son nunca tan comunes, como en estos casos, si las alternativas de la atmósfera no se repiten con frecuencia y producen perfrigeraciones. Los nubarrones frecuentes que se formaban y que desaparecían sin que Moviera, cargaban al aire de una humedad, que obrando luego sobre nuestra piel, impedía la transpiración. Quizá tambien hay un estado eléctrico desconocido que influye en la producción de aquellos males; porqué al elevarse los vapores, llevan consigo la electricidad terrestre, en tanta mayor cantidad, cuanto mas fuerte es el calorico dominante. En fin, la prueba de la mucha electricidad reunida en la atmósfera con el calor, es que aquí no son nunca tan frecuentes los truenos y relámpagos; como en esta estación.

Fuera de aquella particularidad, los males no han presentado síntomas estraños. Han cedido al método curativo con prontitud, excepto las afecciones algo profundas del pulmon ó de su membrana mucosa. La mayor parte de las tísis eran tuberculosas y por eso mismo casi irremediables.

La débil constitucion de los blancos, nacidos ó aclimatados en el país, y la depauperada de los negros que abusan tan estraordinariamente de las bebidas alcohólicas, son las causas de la frecuencia de nuestras tísis tuberculosas y de su rebeldía; contribuyendo á ello, las emanaciones pútridas de nuestra costa, la mucha poblacion y el estado higrómetrico del ambiente.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el mes de abril:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	113	117
De color	54	78
Sumas parciales . . .	167	195

Total general. . 362
Ayuntamiento de Madrid

MEDICAMENTOS INDÍGENAS.

No permitiendo la naturaleza de una obra destinada á todo género de lectores, tratar esta materia técnica y profundamente, cual si fuese solo consagrada á profesores de la ciencia de curar; procuraremos huir cuidadosamente de toda explicacion ó razonamiento facultativo, que si bien comprenderian aquellos, desagradaría por cierto á los que no lo son; contentándonos con esponer sencillamente las reflexiones que nos sugiere el interés del asunto que nos hemos propuesto examinar.

Siendo los medicamentos sustancias naturales, que convenientemente preparadas y despojadas de sus partes inútiles ó dañosas, sirven para restablecer la salud; depende su eficacia, independientemente del estado de los órganos á quienes van á modificar, y de las consideraciones terapéuticas que corresponden al juicio médico apreciar en su justo valor; de las cualidades físicas ó químicas, que constituyen su actividad medicamentosa.

Entre estas la mayor ó menor vetustez cambia ó altera sus efectos curativos; y si á este inconveniente comun, tanto á las sustancias simples como á los productos químicos y á los compuestos farmacológicos, se agregan las muy frecuentes y no siempre bien conocidas adulteraciones que una punible codicia introduce en el comercio de drogas; se echará de ver desde luego el gran número de inconvenientes que presenta el uso medicinal de las sustancias exóticas, comparado con el de las indígenas.

Los médicos fisiólogos dan la preferencia hoy dia á los medicamentos mas simples sobre todos los compuestos, persuadidos de la dificultad de poder discernir el modo de obrar y los resultados ya inmediatos, ya lejanos, de la reunion de principios químicos muchas veces entre sí opuestos; y sustituyendo á la antigua é indigesta polifarmacia, la simplicidad de las fórmulas y á veces la de un solo agente medicinal, han alcanzado mas seguridad y certeza en las indicaciones. La química ha prestado servicios eminentes á la farmacia y á la materia médica, despojando á las sustancias medicamentosas de aquellos elementos, que sin contribuir en nada á la medi-

cacion, la hacían desagradable, ó entorpecían los efectos de su principal administracion.

No se ha escapado á la alta penetracion de algunos observadores, un hecho, que aunque en apariencia casual á los ojos de la multitud, es sin embargo una prueba de las sabias providencias de la naturaleza, ó una demostracion más de la maravillosa armonía que preside á sus leyes, y con que se encadenan los fenómenos de este vasto universo. Tal es la espontánea aparicion y fecunda multitud de vegetales análogos á las necesidades del hombre, ya en el estado de salud, ya en el de enfermedad, segun los diversos climas. Las plantas anti-escorbúticas se encuentran en las regiones hiperbóreas, allí donde mas que en ningunas otras convienen al tratamiento de una enfermedad para la cual son de tan excelente uso; y mientras que aquellos lugares, mansion perpetua de los hielos, se niegan á toda vegetacion, algunas crucíferas y labiadas ofrecen á los ateridos navegantes medios, ya de preservacion, ya curativos de ese terrible azote de las tierras glaciales. Las frutas suculentas, rica y abundantemente provistas de un jugo dulce y sub-ácido, distinguen en todas partes á las regiones intertropicales; haciéndolas brotar la naturaleza en los lugares donde el ardor del clima hace apetecer la mezcla de los principios de estos frutos aguanosos, que calmando la sed, estinguen igualmente la excitacion visceral que la acompaña.

Y si estendiendo estas consideraciones quisiéramos manifestar las relaciones que existen entre las necesidades instintivas del hambre y de la sed, y los medios de satisfacerlas; hallaríamos que los gustos y las inclinaciones de los diversos pueblos encuentran en sus propios recursos el género de *alimentacion* mas análogo y correspondiente á las circunstancias del terreno; confirmandose con el exámen de los hechos, que si las modificaciones topográficas influyen en el carácter físico y moral de cada uno de ellos, su constitucion y sus costumbres están en relacion con la clase de sus alimentos; y que sus ocupaciones habituales y los medios de adquirir su subsistencia dependen igualmente de la naturaleza y condicion de las substancias alimenticias que les brinda su suelo.

Esta influencia de los climas, primeramente observada y dada á conocer por el Padre de la medicina, se estiende no solo á las leyes que presiden al desarrollo material de la organizacion, sino que tambien sus efectos se dejan percibir

igualmente en todos los actos del instinto y de la inteligencia; modificándose por ella tanto la parte moral como las instituciones políticas de los pueblos.

Y si el lujo y el refinamiento de la civilización han hecho conocer á todos los países por medio del comercio los productos ya exclusivos, ya mas ricos ó privilegiados de las diferentes regiones de la tierra, aumentando así los goces y las comodidades de la vida, dando impulso á la industria y estrechando los lazos de la gran familia humana; no por eso deja de ser cierto que el hombre en cualquier parte del globo encuentra cerca de sí mismo, brindados por la próspera naturaleza, los recursos indispensables que demandan las varias necesidades que le aquejan..

Fácil es demostrar esta verdad consultando la historia del hombre, del hombre de la naturaleza, no del hombre modificado por los caprichos, los hábitos y las necesidades facticias introducidas por la molición, la intemperancia y los desórdenes de la vida social; y como sin ir muy lejos podemos comprobar este aserto con hechos de nuestra propia observación, contraigámonos al suelo de Cuba, y veremos que el mantenimiento con el maíz, la yuca, el moniato, el ñame, el plátano, las hutías y la abundante caza de los estensos bosques de la isla, que eran los principales alimentos de los indígenas, estaba en relacion con el carácter blando, pacífico y benévolo que los distinguía. Y aun hoy mismo nuestros laboriosos campesinos ó guajiros, si exceptuamos el uso del café y la carne de cerdo, único alimento animal que ya reciente ó salada asocian á los referidos vegetales, limitan su frugal mantenimiento á la simplicidad de los artículos empleados por los antiguos moradores; notándose igualmente en ellos las mismas recomendables circunstancias que ennoblecían el carácter de aquellos. Frutos, ó viandas, como aquí se dice vulgarmente, que provistos en abundancia de una fécula pura, ligera, unida á veces á un principio sacarino exuberante, y carnes blancas, tiernas y fácilmente digeribles, como las de aves y hutías, eran las que convenían á estómagos enervados por el excesivo calor de un clima tropical, acompañado una gran parte del año de la humedad producida por la frecuencia de las lluvias; cuya doble acción sobre los órganos ocasiona y sostiene la inercia del aparato digestivo.

Y como semejante debilidad va siempre acompañada de

una excitacion particular de dichos órganos, indicada por la espontánea é instintiva inclinacion ó apetito por los líquidos ó sustancias refrigerantes, especialmente sub-ácidas; la naturaleza hizo brotar en los feraces campos de esta y demás antillas la dulce, succulenta y odorífera piña; tres principales especies del género *anona*, entre las que sobresale la sabrosa guanábana, el *sapota mammosa*, el *chrysofillum caimito* y tambien otras muchas, delicadas, suavísimas frutas, que con sus jugos azucarados y estremadamente diversos, ofrecen un grato refrigerio en los ardientes calores del estío; no debiendo olvidar en esta reseña el muy regalado coco, fruto singular y bizarro por las muchas y particulares diferencias que le distinguen del resto de todas las demás formas de fructificacion. Su agua, verdadero néctar, pura, transparente, cubre y baña el perisperma, hallándose reunida en un estado de libertad cual en ningun otro se presenta, y si su fuste y frondosidad no aspiran á competir en belleza y gallardía con la reina de los bosques, la enhiesta y gigantesca palma, tambien es de su clase el cocotero, y sus servicios al hombre son de no poca importancia y prestados unas veces muy de cerca y otras interiormente modificando sus órganos, ya de un modo agradable, ya de una manera nada molesta.*

Para excitar el apetito lánguido y desfallecido y activar la digestion, ha unido siempre el hombre guiado de su propia inspiracion, sustancias excitantes, que en clase de condimentos sirven tambien para realzar el sabor de los manjares; condimentos limitados en la sencillez y frugalidad de la mesa del pobre; prodigados y confusamente reunidos en los platos que se ofrecen al desdeñoso y mal contentadizo paladar del rico indolente, cuyo hastío no encuentra jamás modo de desvanecer el arte tan pérfido como ingenioso del cocinero. El habitante de la isla de Cuba, á quien los medios de su fortuna no permiten mas que el uso de las comidas provinciales, ó que cediendo á sus propias inclinaciones encuentra mas aliciente en los aromáticos excitantes del apetito que les brinda el país, no sazona sus platos con la canela de Ceilán, la pimienta, el clavo y la nuez moscada de Sumatra, Java y demás islas orienta-

(*) No correspondiendo al objeto que nos hemos propuesto, hablar particularmente de las frutas indígenas, solo hemos enumerado aquellas aguanosas y blandas, que puedan contribuir á humedecer y refrescar la sed; omitiéndose por lo tanto la cita de gran número de las otras que como las guayabas, mameyes, &c. tienen un perisperma consistente y son poco ó nada acuosas.

les; sino busca en las varias especies del *Capsicum* (ajíes) que crecen espontáneamente en los campos, el medio mas fácil y agradable de aumentar el sabor de sus guisados. La bija, abundante en nuestros bosques, que suple al azafran, y sin los inconvenientes de este, da un hermoso color de oro y comunica un aroma agradable á los manjares. Una planta de la familia de las labiadas que crece por estensas manchas en los lugares bajos, y á quien dan vulgarmente el nombre de culantro, es preferible para muchos al que nos viene de Europa; y el bleado, dicho carbonero (*phytolacca decandra*) ó la otra especie mas comun (*amaranthus oleraceus*) son condimentos obligados del *cocido* ó ajiaco, junto con el limon y el tomate cimarón, que nacen espontáneamente en los bosques cubanos.

Y si de las plantas comestibles pasamos á examinar las que figuran en la materia médica del pueblo, las del repertorio del pobre, la gran serie de los remedios caseros, bien podríamos formar una farmacopea provincial tan abundante en medicamentos útiles y en drogas inertes y neciamente acreditadas, como el mayor número de los Compendios de esta clase. Los medicamentos indígenas aplicados en un principio por profesores ó curiosos, es decir, aficionados al arte de curar, no han debido ser aplicados bajo otros principios que el de las analogías ó semejanzas de unos vegetales con otros; y como estos principios son poco seguros para las indicaciones médicas, ha debido suceder necesariamente el crédito y descrédito alternativo de los medios empleados. Agrégase á esto, que formado el estudio de los facultativos sobre la materia médica europea, y temiendo quizás comprometer sus indicaciones con el uso de medicamentos desconocidos, han descuidado así el ensayo dudoso de las plantas indígenas; debiéndose á la casualidad, al capricho ó á la inspiracion de algunos enfermos, como ha sucedido siempre en la ciencia de curar, la adquisicion de los remedios nuevos.

Entre estos hay algunos cuya eficacia está fuera de toda duda; faltando solo para su constante uso y general aprobacion, que profesores instruidos y versados en este género de ensayos se dediquen al exámen conveniente de sus propiedades medicinales. Y como no es tan fácil esta clase de esperiencias, que exigen un conjunto de circunstancias, tanto de parte del médico, como de los procedimientos que han de emplearse; no es de darse crédito á todos los que ligeramente hablen sea

á favor ó en contra de un medicamento determinado. La *andira inermis*, (yaba) entre otras sustancias medicamentosas, cuenta entusiastas y detractores. Este poderoso vermífugo (remedio contra las lombrices) puesto en manos del vulgo, ha producido usado en decoccion funestos envenenamientos, y aun la muerte. La pica-pica (vellosidad áspera de las silíceas del *dólichos pruriens*), que es tambien otro vermífugo usado muy frecuentemente, ha causado á veces idénticos efectos. Una y otra sustancia son medicamentos preciosos, y que química y mecánicamente parece que obran con energía en la espulsion de estos molestos parásitos; y sin embargo, el modo de su administracion y las circunstancias particulares en que pueden encontrarse los órganos del enfermo, especialmente el estómago, son en último resultado las que deciden de su eficacia y utilidad, ó de sus inconvenientes.

Estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos, si quisiéramos estendernos á un gran número de vegetales indígenas, de gran reputacion y eficacia en ciertos males para muchos, indiferentes ó mirados con desprecio por otros; cuya divergencia y aun contrariedad de opiniones nace, como dejamos dicho, de no haber merecido nuestras plantas una mirada atenta y observadora de los médicos. Cada una de las familias naturales abunda en géneros y especies, de las que muchas aquí se encuentran; é independientemente de la baratura y facilidad de su adquisicion, ofrecen la ventaja de no estar sus principios medicinales alterados por el tiempo, por los insectos que los destruyen, por el calor ó la humedad que los descomponen. Así es que á las linazas y raíz de altea, fácilmente alterable la primera por el aceite craso que contiene, y la segunda por los insectos que en ella se desarrollan, podemos presentar en competencia el mucilago de la guácima (*theobroma guazuma*), las raíces, hojas y tallos de una multitud de malváceas, la verbena (*verbena jamaicensis*), que nacen espontáneamente en todos los terrenos que han sido cultivados. En la clase de los tónicos fijos, tenemos la aguedita (*brucea*), la cúrbana (*drymis Winterii*) la agrimonia de aquí (*teucrium cubense*), el abey hembra (*quassia cimarouba*), la escoba amarga (*argirocheta bippinnatifida* de Cabanilles) y así de otras muchas. Como antihelmínticos tenemos los dos vegetales ya nombrados, la yaba y la picapica, el apazote (*chenopodium ambrosioides*), las simientes y el jugo lecho-

so de la papaya (*carica papaya*), las simientes y la raíz del paraíso (*melia azedarach*), la piña de raton (*bromelia pinguis*), las piñuelas (*bromelia karatus*). Para purgantes podemos presentar la resina de guaguasí (*laetia apétala* y *laetia completa*), la pulpa de cañafistola (*cassia fistula*), la pulpa de tamarindo (*tamarindus indicus*), las almendras ó simientes del piñon (*jatropha curcas*), las hojas y aun simientes del frailecillo (*jatropha gossipifolia?*), los cogollos de saúco blanco (*sambucus nigra*) el aceite de higuereña (*ricinus communis*), y todas las especies de Cróton, las numerosas asclépias y las muchas euforbiáceas de que abundan nuestros campos. Como eméticos contamos con los bulbos del lirio sanjuanero (*panchratium caribeum*), el tapa-camino especie de psycotria. Entre los astringentes indígenas numeraremos las cortezas del ubero de playa (*coccoloba ubífera*), las hojas, cortezas y frutos de las guayabas (*psidium pomiferum*), la corteza del moruro (*mimosa arborea*, *acacia?*), el icaco (*chrysobalanus icaco*), el jugo del marañon (*anacardium occidentale*) y otras que en este momento no traigo á la memoria. Como anti-venéreas hallaremos en nuestros bosques el guayacan ó palo santo (*guayacum arboreum* ó *guayacum sanctum*), la raíz de china (*smilax china*), el sasafrás (*laurus sasafrás*) y quizás se hallará entre nosotros la zarza parrilla. Para la medicacion diurética conocemos entre nuestros vegetales la raíz del ateje (*cordia collococa*), la mazorquilla (*ruehla blechum*), el cojate (*amomum cardamomum*), la yerba lechera (*euphorbia trichotoma*), los berros (*sisymbrium nasturtium*), la raíz y caña del maíz (*zea maíz*), y todas nuestras gramíneas. Si se trata de emenagogos, ó agentes que dirijan su accion sobre el útero para promover su hemorragia periódica, podremos enumerar en esta clase el palo de caja (*schmidelia occidentalis*), la raíz de yerba hedionda (*cassia occidentalis*), la huajaca (*tillandsia nucoides*) y otros varios.

Y como quiera que no llegará á presentarse una sola indicacion, que no pueda satisfacerse con nuestros propios recursos, pues hasta para producir la inflamacion ó irritacion revulsiva sobre la piel tenemos tanta abundancia de mostaza * (*sinapis juncea*) en los terrenos cultivados cuando se dejan eriales, que

(*) Aunque la mostaza no sea indígena, está tan estendida en nuestros campos, que crece en ellos á la par de los demás reconocidos como propios del país.

es una mengua no formar una industria particular de su cosecha, que sería mucho mas abundante si se la sembrase esprofeso; pudiendo asegurar que la mostaza criolla es mucho mas activa que la que nos viene de fuera. Podría aplicarse tambien como rubefaciente, el chichicate (*úrtica baccifera*), las hojas de la *jatropha urens* cuyo nombre vulgar no recuerdo, y las del quitasolillo, (*hydrocotile umbelata*) que bajo la fé de un amigo inteligente en estas materias, anuncio como rubefacientes.

Los Norte Americanos tienen en la obra de Barton una materia médica vegetal, en que están comprendidas multitud de plantas propias de esos estados, habiéndonos precedido con anticipacion en este género de investigaciones; y Mr. Descourtilz en su Flora médica de las Antillas, de cuya obra solo he visto de paso uno que otro cuaderno, ha dado á conocer á la Europa las ventajas que pueden resultar á la medicina del uso de los vegetales que nacen espontáneamente en estas islas. Y si la química, que debe progresar entre nosotros, esplotando la mina inagotable de nuestra riqueza vegetal, se apodera de aquellos que la materia médica sujetase á su exámen, sustituiríamos á las sales y alcalóides, que nos remiten muchas veces adulterados los fabricantes franceses, la agueditina ó brucina, la yabina y demás sales, ó principios activos medicinales separados de las otras sustancias inertes ó poco convenientes, que le acompañan en cada vegetal.

Para formar esta materia médica cubana es necesario dirigirse al entusiasmo y celo de nuestros jóvenes médicos, pues poco ó nada hay que contar, salvo algunas honrosas excepciones, con los prácticos antiguos, que acostumbrados á las fórmulas que aprendieron de sus maestros, modificadas ó combinadas por ellos mismos, creerían aventurar demasiado, separándose de los medios que ya les son conocidos. A estos sin embargo bien podría decirseles que habiendo admitido la quinina en su materia médica, proscribiendo absolutamente aquella leña en polvo que bajo el título de quina en sustancia se hacía tragar en enormes dosis á los pobres pacientes; que prefiriendo la morfina al opio nauseabundo, y tan fácil de conocer por los que siempre con temor y repugnancia tenían que hacer uso de esta droga; nada les fuera comenzar el estudio de nuestros vegetales, que tanto mas fácil debía serles cuanto que dándoselos gratis á los enfermos pobres, no habría para su ensayo las dificultades que se tocan con otros medicamentos siempre

mas caros, como son todos los productos químicos de Europa.

A los jóvenes médicos, á quienes no puede ser desconocida la utilidad y conveniencia que resultará de este trabajo, y para quienes la gloria de su país propio ó adoptivo es mas que suficiente estímulo para emprender trabajos aun mas difíciles; á estos jóvenes entusiastas del saber, amando con adhesión y firmeza la ciencia que profesan, no será necesario mas que esta ligera indicación para verlos ocuparse en el objeto propuesto. Con este motivo y convencidos de que entre las gentes del campo se encuentran multitud de noticias comunicadas tradicionalmente de familia en familia, relativas á las virtudes medicinales de ciertos vegetales, sería de desear que algunos de los muchos prácticos, inteligentes observadores, que ejercen su profesion en esos lugares, se dedicasen á recoger los avisos ó advertencias que se les comunicaran, haciendo las apuntaciones convenientes, y empleando en esta investigacion el criterio necesario para distinguir los hechos ciertos, ó cuando mas probables, del fárrago de absurdos, de observaciones falsas ó incompletas noticias, en que suelen confundirse las relaciones vulgares.

La distancia de los enfermos á los lugares ó poblaciones en que está la botica mas inmediata; lo mal surtidas y peor servidas que generalmente hablando se hallan estas oficinas, debía ser un motivo mas para que los médicos del campo, aun cuando no se propusiesen ser unos completos botánicos, se dedicasen algun tanto al estudio de los principios elementales de esta ciencia auxiliar y tributaria de la medicina. Y sin exigir tanto el conocimiento práctico ó la noticia adquirida de las virtudes medicinales de un vegetal dado, debería despertarse su interés y decidirse su eleccion por el uso de lo que tiene mas á la mano. A seis leguas de distancia de una mala botica, incierto del estado de la quinina que allí se tenga y en la urgencia de anticiparse á un paroxísimo ó recargo febril, ¿cuánta no será la satisfaccion de un médico celoso y diligente cuando saliendo á la puerta de la choza de una familia infeliz en donde combate una fiebre intermitente, y señalando á una humilde mata de las muchas que han brotado junto á las embarradas paredes de la casa, y cuyos tallos llenos de florecillas blancas apenas conservan algunas mezquinas hojas, resto de su antigua gala; hace traer la florecida yerba y prescribe desde luego el uso que de su cocimiento debe hacer el enfer-

mo? Aquellas buenas gentes ven que el vegetal empleado es una *escoba amarga*, (*argirocheta bippinnatifida*) yerba que bien conocen, y que administran sin embargo con fé y entera complacencia, porqué no ha entrado todavía en la sencillez de sus cálculos la consideracion de que un remedio solo deba ser útil y provechoso, en tanto ó mayor grado cuanto es el precio que le impuso la codicia de un boticario.

Las virtudes medicinales de las plantas, sujetas mas á los caractéres que las distinguen en los grupos dichos naturales, que no á los otros medios de clasificacion en que se fundan los métodos artificiales; deben ser estudiadas por el sistema de familias naturales: encontrándose con frecuencia plantas correspondientes á una misma clase y género, totalmente diversas en sus propiedades medicinales. Conviene tambien tener presente que ninguna confianza debe darse á los nombres aquí vulgares, que puestos sin discernimiento y solo por alguna semejanza, podrán inducir en error, y en error muchas veces funesto, á los que quieran atenerse á semejante designacion. Así es que en el país se da el nombre de avellana, al fruto de una euforbia eminentemente drástica, por solo la semejanza con el fruto del *corylus avellana* siendo la primera, de la familia de las euforbias y la segunda de las amentáceas; llamando tambien grosella á la *cica racemosa*, que es árbol tambien de la familia de las euforbias, cuando las verdaderas grosellas, que pertenecen á la familia de las ribeaceas, son el fruto del *ribes grosularia*; pudiendo acumular otros muchos ejemplos de esta clase, con que poder demostrar los inconvenientes que presenta la nomenclatura vulgar.

Al proponer el estudio de las plantas indígenas, no tenemos en mira proscribir absolutamente el de las exóticas, especialmente el de aquellas que no tengan una sustancia semejante que poderle sustituir. Estamos sin embargo inclinados á creer que ninguna de las indicaciones generales terapéuticas podrá dejar de llenarse de un modo satisfactorio con una planta indígena. Queda pues al estudio, sagacidad y celo de nuestros profesores, el laudable empeño de realizar este proyecto; reservándonos para artículos posteriores, si es que este pensamiento logra la aceptacion de los inteligentes, la continuacion de nuestras opiniones acerca de esta materia; disimulándose á nuestro buen deseo las faltas en que hayamos podido incurrir al presentar estas ideas.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DUODECIMA.

DEL NUMERO ORATORIO.

De la cordinacion y enlace de las palabras, ó de la medida de los miembros que dan perfecta estension á la cláusula, resulta el *número oratorio*. Con él no solo se realza el sentido, sino que se da cadencia al discurso. Pero como depende inmediatamente de los períodos que parten nuestros raciocinios, es necesario que aquellos se enlacen con la claridad y el órden que los últimos exigen.

Los períodos pueden combinarse de varios modos, segun convenga al estilo del autor, al genio de la obra y á la melodía del concepto; por lo cual su número no puede fijarse con reglas. Sin embargo, no han de ser muy largos porqué embarazan la pronunciacion, y tambien porqué recargada la memoria del que oye con la multitud de rasgos á veces semejantes y con frecuencia inconexos, no teniendo donde detenerse con seguridad, pierde el hilo de la idea y se confunde. Ni serán demasiadamente cortos, porqué no llenando la medida de la espiracion fatigan al que lee, y reducido el que oye á prision tan estrecha, se cansa al ver la desunion de partes que aunque sean enérgicas separadamente, aparecen menesterosas en el conjunto: defecto inevitable, pues por aquel destrozo quedan débiles

las sentencias y estériles los raciocinios. Si los hombres fueran puras inteligencias, quizá esta forma truncada les convenría; pero la monótona concision de los escritores á lo *filósofo*, solo se aviene con ciertas situaciones de la vida en que arrebatado el ánimo por distintos afectos comunica su irregularidad á la espresion que los manifiesta.

Nada tan fastidioso como una division exacta en los períodos: el oído se acostumbra al compás del número oratorio, el entendimiento se distrae y solo se percibe el murmullo cansado de una modulacion tan repetida. Mas desagradable la hallaremos, si desde el principio de la oracion se ve un fin que nunca llega. Variedad en el número, distinta consonancia en las sentencias y facilidad en la espresion, es lo que debe buscar el escritor elegante y lo que diversifica su cadencia numerosa de la medida compasada del poeta.

El idioma castellano no solo campea en el estilo magestuoso y lleno, sino que sabe atronar en las pasiones con su vigor y contraccion sublimes. Mucho se equivocaron Mendivil y Silvela diciendo que no se prestaba á la concision francesa y dieron como muestra de la habilidad de Quevedo el discurso de Bruto cuando se presenta á los romanos gloriándose de la muerte de Julio César y enseñándoles su puñal ensangrentado. Ningun idioma vale como el nuestro para la brevedad del estilo, pues sus palabras llenas y significativas, fuertes ó melódicas, se acomodan á todo linaje de locuciones. Véase á Mariana en sus arengas mas enérgicas, á Mendoza, Antonio Perez y Saavedra que son los que con mas empeño cultivaron dicho estilo. Recordaremos solo las palabras de un historiador que antes de la famosa batalla de las Navas, dice de los cristianos: *Resolvieron buscar al enemigo: llegó el ejército al pié de Sierra-Morena: faltó el forraje: menguase el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitía la permanencia; la reputacion no concedía la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Los retóricos limitan á cuatro el sumum de los miembros del período, y ciertamente casi nunca se pueden aumentar sin que se pierda el hilo del discurso, necesitándose en todos casos de un lector que le dé la entonacion y alma suficientes para fijarle en la memoria. Pero vencida esta dificultad nada se opone al aumento de las partes del período, si el autor obser-

va las reglas de la ideología. En prueba de que no siempre han de constar de dos, tres ó cuatro miembros, que es lo que llaman los retóricos *períodos bimembres, trimembres y cuatrimembres*, daremos esta oracion tan grave, llena y nemerosa. *Aun en las guerras civiles,—cuando el pueblo romano se armaba contra sí mismo,—después de la fiera crueldad de Lucio Sila,—que quiso ser llamado Felice por la abominable carnicería que había hecho en sus conciudadanos;—y después de Cinna, Mario y Carbon,—y de otros que se propusieron el despojo de la patria por premio,—y pelearon por quien la tiranizaría;—muchos buenos y sabios ciudadanos,—envueltos en la contienda de César y Pompeyo,—afirmaban que la república no podía ser curada de tan entrañable pestilencia,—sino con dar á uno solo las riendas del imperio.*

Sean cuales fueren los miembros del período, una de sus partes ha de contener la proposicion, y la otra ha de cerrar y terminar el concepto. Marcan su division con el (;) de la ortografía. La *proposicion* y la *conclusion* ya pueden constar de igual, ya de distinto número de miembros; pero se dispondrán de tal manera que ni fatiguen al lector por su longura ó mala ortografía, ni al oyente por la aglomeracion de sentencias que no guardan relaciones con el asunto principal ó que la tienen tan lejana que no se aprecia claramente su sentido.

En los escritores de la antigüedad fué muy comun este defecto: admirando los largos períodos del latin quisieron imitarlos, sin considerar que las terminaciones que marcan los casos de aquella lengua y que tanto ayudan á la memoria, no existen en la nuestra. Se olvidaron de que ella no rivaliza con las antiguas, sino por su claridad, y que esta se pierde con la indiscreta reunion de las sentencias. Cada una debe encerrar una idea y tener un solo fin: si se le añaden otras circunstancias, no será para distraer la atencion sino para fijarla y grabarla en la memoria. Hay autores tan desaliñados que principian hablando de la virtud y acaban por la medicina. Es necesario contenerse en los justos límites; no decir mas de lo necesario para la *solidez* del pensamiento, la *melodía* de las palabras y la *unidad* del conjunto.

Si los miembros están bien llenos y distribuidos, cuanto gana el número oratorio en belleza, pompa y dignidad, pierde en energía. Usemos pues de los recursos inmensos de la

lengua castellana, ora ostentando su magestad en los períodos largos, ora luciendo su energía en los cortos, rechazando á un tiempo la insoportable esclavitud francesa y el monótono retintín del italiano. Varíense las cadencias; mézclense los giros; sacrifíquese el número; rómpase la armonía. Así se evita el amaneramiento del estilo.

Los paréntesis llenan á veces el número oratorio, mas por lo comun nos distraen de la idea principal, teniendo que releer lo pasado para comprender lo que sigue. Si son breves y se usan con moderacion, aparecen cual verdades filosóficas que amenizan el estilo, dan gracia y viveza al pensamiento, desenfado satírico á la burla, énfasis y preñez á las sentencias. Pero si no son cortos y plausibles, como tan comunes á los aprendices de escritor, y así desacreditados, arguyen confusion en las ideas; si á menudo se repiten, destrozan el período, y si son demasiado largos, le embarazan.

Siempre que ocurran en el discurso varios complementos circunstanciales ó modificativos, debemos separarlos para la soltura y elegancia de la espresion. Dice Munarriz que las dos circunstancias de tiempo y de lugar de esta sentencia: "Lo que yo tuve la honra de indicar á V. *hace algun tiempo en la conversacion*, no era un pensamiento nuevo;" harían mas efecto separadas de este modo: "Lo que hace algun tiempo tuve la honra de indicar á V. *en la conversacion*, no era un pensamiento nuevo;" lo que sin disputa hace la frase mas llena y numerosa.

Puede hablarse con mucha exactitud gramatical y ser el lenguaje, frio, duro y arrastrado; razon por la cual pocos maestros de escuela aunque manden á su memoria los preceptos, escriben con elegancia. Hagamos palpar con un ejemplo esta verdad poco sentida. *Percieron en la edad media las ciencias y artes*. Está correctamente escrito, y no obstante el discurso aparece débil, incorrecto: dígase, *percieron en la edad media las ciencias y las artes*; y la pequenísimá partícula *las* hace fluida, sonora y elegante la oracion, porqué ella sola llena el número y le da armonía.

CRITICA.

Compendio elemental de química, mirada como ciencia accesoria al estudio de la medicina, farmacia, é historia natural, de J. L. Lassaigne, profesor de química y de física en la escuela real veterinaria de Alfort &c. Traducido al castellano de la segunda edicion y aumentado con notas por D. Vicente A. de Castro, doctor en medicina, profesor público de dicha facultad y de cirugía latina, catedrático de anatomía de esta Universidad, &c. Dos tomos en 4.º de unas 400 páginas cada uno, impresos en la Habana: el primero en la imprenta del Comercio en 1837; y el segundo en la Literaria en 1838.

No están muy distantes los tiempos en que la imprenta era tan costosa en la Habana, que hubiera sido imposible la publicacion de una obra tan voluminosa como la que acabamos de anunciar, á menos que se hubiese sacrificado un grueso capital con la certeza de reembolsarse de una muy pequeña parte, y esto dando de barato que se hubiesen encontrado cajistas capaces de componer los complicados cuadros que á cada página se encuentran. Semejante situacion perjudicaba á la vez á los escritores y á los lectores, al progreso intelectual del país y á su enriquecimiento. Los primeros, careciendo en general de medios para hacer grandes erogaciones, soltaban despechados la pluma, y se perdían muchos pensamientos útiles en la cabeza misma que los había concebido, ó á lo mas en el círculo estrecho de los amigos del autor; los otros gastaban su dinero en fomentar las imprentas estrangeras que nos surtían de obras españolas, pésimamente impresas, empobreciendo á su patria bajo un doble punto de vista, ó preferían distracciones menos inocentes. El diario, el almanaque, los estados de ingenios y alguna que otra disertacion ó informe de pocas hojas, era todo lo que se imprimía en la Habana ahora diez ó doce años. Las circunstancias han cambiado mucho desde entonces acá: los precios de la prensa habanera son en el dia harto moderados, la literatura se ha desarrollado entre nosotros prodigiosamente, y muchos jóvenes de buena disposicion han adoptado esta profesion como un recurso honroso, de manera que quizá no estamos muy lejos de ver coronados estos nobles y

patrióticos esfuerzos con el rico mercado de Méjico que está casi á nuestras puertas y que podemos explotar en este ramo de lucrativo comercio sin concurrentes muy temibles.

El Dr. D. Vicente A. de Castro es uno de los que mas han contribuido á la feliz variacion de que vamos hablando, y la obra que nos ocupa una de las en que con mas acierto se ha empleado el sistema económico de las impresiones por *entre-gas* que pone las obras mas estensas é importantes al alcance de todas las fortunas. Aprovechando la oportunidad de la abertura de una clase de química en esta ciudad, y notando que no se encontraba un tratado elemental en castellano, que al paso que fuese barato reuniese los mas recientes descubrimientos, concibió el plan de publicar esta traduccion por cuadernos semanales que siguiesen el curso de las lecciones de aquella y solo ocasionasen á los suscriptores el corto gasto de una peseta por semana; y aunque ha tenido que luchar en el intervalo de mas de 18 meses con numerosas dificultades, tiene por último la satisfaccion de ver terminada su empresa, faltando únicamente la impresion de las láminas y cuadros sinópticos, que aunque no son de absoluta necesidad para entender el testo y seguir las lecciones de un profesor, sería lástima no obstante, ahora sobre todo que tenemos á nuestra disposicion los auxilios de la litografía, que el desaliento y la escasez de medios dejasen imperfecta una obra de tanto mérito. Muchos farmacéuticos distinguidos se hacen lenguas por las inmensas economías que han conseguido siguiendo las preparaciones de Lassaigue; y gracias á la traduccion, se han librado del tributo vergonzoso que pagaban al extranjero que les proveía de casi todas las sustancias compuestas.

Sin pensarlo hemos emitido en dos palabras el juicio que muy de antemano habíamos formado del *compendio elemental de química* del profesor de la escuela de Alfort, uno de los mas claros, metódicos y completos que se conocen, y que en consecuencia goza de una justa y bien merecida celebridad. Tal vez no faltará quien pregunte cuáles son nuestros títulos para promulgar una opinion tan esplicita y terminante, arrojándonos á la cabeza con desden el *tractent fabrilis fabri* y el *ne sutor ultra crepidam*; pero nosotros sin inmutarnos contestaremos con una que parece paradoja y es una verdad confirmada por la esperiencia, á saber, que para juzgar con acierto de una obra científica, no es necesario ser profesor de la

ciencia, y que basta tener buen juicio y conocimientos generales del asunto. Los profesores están por lo general divididos en escuelas, y cada uno adopta un cierto número de máximas y principios que le sirven de cánón ó regla para juzgar las producciones de los que siguen la misma carrera: de este modo no pronuncian bueno lo que tiene bondad intrínseca, sino lo que es mas conforme al sistema que cada uno ha abrazado y le sirve de criterio especial en sus juicios; al paso que los que no han cavado tan profundamente en los misterios de la ciencia, tienen su entendimiento mas libre y su opinion suele ser mas recta y menos sujeta al error ó á las preocupaciones. Y no se crea que los juicios del estudiante, del aficionado ó del simple literato, carecen de toda regla y son un puro efecto del capricho. Las personas de esta última clase leen mucho mas y con menos prevencion que los profesores, y cuando se deciden á favor de un libro no es porqué domina en él esta ó la otra doctrina, sino porqué la encuentran mas al alcance de su inteligencia, comprensivo de mayor número de ideas y nociones útiles: tales son los motivos que nos hacen preferir la obra del Sr. Lassaigue á otras mas estensas y profundas, en las cuales sin hacer ofensa á su mérito, el entendimiento de un principiante no tiene tan fácil asidero.

Hemos dicho que la impresion de la que es objeto de este artículo ha durado mas de 18 meses, y de aquí ha resultado que pasando por diversas manos, no tenga igual perfeccion en todas sus partes, estando algunos trozos menos bien impresos que otros, y resintiéndose de esta falta de armonía hasta la misma traduccion; pero este defecto, que lo sería grande si se tratase de hacer alarde del mérito tipográfico ó del riguroso purismo, debe mirarse con suma indulgencia en un trabajo en que se atendía principalmente á la instruccion y á la baratura, y que las multiplicadas ocupaciones del traductor no le permitían vigilar tan de cerca como habría sido menester para que saliese sin defectos. No se crea por esto que tachamos de mala ni aun de mediana la traduccion: al contrario, aunque nos sería fácil señalar en ella no pocos lunares, es superior á la mayor parte de las que corren en el dia, clara y exacta en el lenguaje de la ciencia y en la aplicacion de los términos técnicos, que son las principales dotes que se deben buscar en obras de esta clase.

En el Prospecto de la obra estaba indicada esta diferen-

cia, pues hablando de la suscripcion se dice: — “Aunque en nuestra ambicion quisiéramos que el estilo correspondiese al saber y gusto de la instruccion moderna, considerando que en las obras científicas mas debe atenderse al sentido que á las palabras, esperamos de la bondad del público se sirva dispensar los defectos de una traduccion precipitada, asegurando que en cuanto á nosotros fuere, aspiraremos á alcanzar, si no la perfeccion, la tolerancia.”

Y en la advertencia del primer volúmen se añade: “Conozco que hay en la obra defectos de locucion; mas para que los discípulos de química pudieran entender las inmensas lecciones, que en cortos momentos esplicaban, era preciso traducir siempre hoy, lo que mañana se imprimía. Pobres en obras de química inteligibles, las mas en frances con palabras castellanas, no he tenido autor que me sirva de modelo; estaba por formar este lenguaje; dichoso yo si facilito á otros la manera de perfeccionarle!”

Terminando con estas palabras honrosas al país: “No dejaré la pluma sin aconsejar á los que me digeron al emprender la traduccion:—“No hay en la Habana amantes del país, ni protectores de las ciencias; se compone de entes apáticos que solo quieren café y azúcar; la obra de química morirá al nacer;” que recorran la lista de suscriptores, y verán que no solo los hombres, sino tambien el sexo hermoso buscan los adelantos y honran la patria que les vió nacer, protegiendo la traduccion del mejor compendio de química elemental que se conozca.”

El primer tomo consta de veinte y siete capítulos, y trata con suma estension de los cincuenta y cuatro cuerpos que hasta el dia mencionan los químicos como simples ó elementales, dando las reglas para conocerlos, distinguirlos y obtenerlos, cuando, como sucede en el mayor número de casos, la naturaleza no los presenta en su pureza primitiva. Preceden las indispensables nociones sobre los cuerpos en general, la afinidad, la combinacion, la nomenclatura, la teoría atómica, y los signos y fórmulas que emplean comunmente los químicos para representar los varios cuerpos simples y la serie de sus combinaciones; y se termina el volúmen con una clasificacion sumamente curiosa de los cuerpos simples en familias naturales. Aunque la lectura de un libro de esta especie es bastante escabrosa y exige mucha atencion, no faltan pasajes que se

leen sin fátiga y aun con agrado, y suministran amena instruccion á toda clase de lectores: tales son entre otros, lo que dice en el capítulo 4.^o acerca del aire atmosférico, la naturaleza y composicion del agua; en el 5.^o sobre el carbono y el diamante y la teoría de la llama, y otros muchos que omitimos por evitar la molestia de una larga y enojosa enumeracion.

En los veinte y cuatro capítulos de que se compone el tomo segundo, se habla de las sales ó combinaciones de los ácidos con los óxidos metálicos, de las combinaciones de los óxidos entre sí, y con este motivo, de las arcillas, del kaolin, de las piedras gemmas, vidrios, esmaltes, mezclas &c.; de la química orgánica subdividida en vegetal y animal, lo que da ocasion á tratar de una infinidad de objetos útiles de uso comun en las artes y en la economía doméstica, como son los ácidos vegetales, los azúcares, el almidon, las gomas, resinas, aceites, bálsamos, alcanfor, cera, materias tintorias, éteres, aguardientes, &c.; en fin, de muchos fenómenos interesantes de la vida y del aprovechamiento de los despojos del reino animal; concluyendo la obra con una tabla comparativa de la sinonimia química y varios cuadros sinópticos.

No desatendiendo el traductor, en cuanto se lo han permitido otras ocupaciones, ninguno de los medios que podían contribuir á perfeccionar y hacer mas provechoso su trabajo, le ha enriquecido con una análisis química de las aguas del Almenares y de los baños de S. Diego, y con muchas notas críticas y espositivas. Así no vacilaremos en pronunciar que bajo todos aspectos se ha hecho acreedor á la gratitud pública y á los sinceros elogios de una crítica imparcial y juiciosa.

Si hablásemos en el seno de una sociedad menos culta y menos instruida de lo que tiene relacion con sus verdaderos intereses, nos esplayaríamos en demostrar las ventajas que producen los conocimientos químicos y en recomendar tan utilísimo estudio; pero después de lo mucho que recientemente se ha escrito sobre el particular por plumas mejor cortadas que la nuestra, esto no sería mas que una repeticion ociosa é innecesaria. Bastará observar que esta ciencia nos descubre la composicion íntima de todos los cuerpos con los cuales estamos en contacto habitual, y así nos enseña á evitar los que pueden sernos nocivos y sacar partido de los provechosos; que es la base de una infinidad de artes que nos proporcionan comodidades y placeres, y entre otras, de las del tintorero, panadero,

licorista, maestro de azúcar, &c.; la estraccion, fundicion, afinacion, amalgamas y aleaciones de los metales, la preparacion de los remedios que elabora la farmacia para curar la multitud de dolencias que afligen al cuerpo humano, las preparaciones mas delicadas del arte culinario, se fundan en los principios de esta benéfica ciencia, que siendo por otra parte la base mas firme de la agricultura, y como acabamos de decir, de la elaboracion de los azúcares y aguardientes, es para los habitantes de la isla de Cuba un estudio de privilegiada importancia, y como tal se le ha dedicado en estos últimos años una clase especial y bien dotada para su enseñanza por el ilustrado y patriótico cuidado de la Junta de fomento. La obra de que acabamos de dar una sucinta idea, aunque ya conocida y apreciada, contribuirá indudablemente á difundir y propagar tan necesarios conocimientos, y esta es la razon que nos ha movido á insertar este artículo en una coleccion que sin desdeñar los estudios amenos, pone en primera línea los que contribuyen al bien y prosperidad del pueblo cubano.

NOTA.

El traductor de Lassaigue se apresura á dar las gracias al generoso crítico, tanto por el silencio que guarda sobre los defectos inevitables en una obra de esta naturaleza, atendida la festinacion con que se hizo, la imposibilidad en que se halló algunas ocasiones de consultar á personas instruidas y la escasez de sus conocimientos; cuanto por haber deseado se imprimiera en la Cartera Cubana, prefiriendo su insercion aquí y no en otras obras que honran nuestro suelo. Tal vez esto hubiera sido mejor para sus intereses, pues nadie está libre de las interpretaciones de la malignidad; pero como al traducir la obra no miró su utilidad sino el beneficio público, ni el elogio le ocultará sus yerros, ni los insultos lograrán de él sino el desprecio.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MARIANO O LA EDUCACION.

QUINTA PARTE.

—No, no, yo no puedo oír sin estremecimiento lo que V. me dice, caballero; mucho simpatizaban nuestros corazones; pero ha alzado V. un extremo de ese velo.... de ese velo de horror que cubría el suyo.... ¡ouf!... déjeme V.: no es dado explicar cual es la crispatura de mis nervios!—Cualquiera diría que esta relacion la ensartaba doña Sinforosa ó alguna dama de las de fines del siglo pasado, en que se estiló mucho ser muy sensible, y aun llorona, tener el color amarillo, y unos nervios!... qué!... si en el tal sistema nervioso está todo el busilis.... Pues nada menos que eso, era la impalpable, la transparente sílfida doña Paulita que dejando caer su lente en una mano calzada con un blanco guante, aunque descapullados los dedos por los extremos, ó como quien dice, por la coronilla, y con la otra desnuda, por cierto que era la derecha, levantada y abierta, como manojillo de sardinas fritas, se la presentaba casi en los ojos no á Ernesto, no á su romántico compañero, ni al intrépido militar, ni.... en fin, se la presentaba á

nuestro Mariano, que segun la crónica se había propasado á chicoleos terrenales y macizos, con aquella celeste ninfa, como pudiera haberle ocurrido á su padre hace cinco ó seis lustros.

Supongo que mis lectores, (dice la precitada crónica del antedicho Moro, en la cuarta parte ya anotada de la presente historia), supongo pues que habrán inferido que aquellos señores gustaron alegremente de los variados postres y vinos, sin omitir el café, el plus, el *gloriá*, y algunos tantos pluses que para espararlos valdría tal vez mas usar del signo del infinito de los matemáticos; supongo tambien, añade, que se divieron agradablemente en grupos que quizás por las leyes de la atraccion se fueron formando en la sala y en el colgadizo, aunque sin duda por cumplir tambien con la ley de los contrastes los románticos Ernesto y Casimiro fueron atraídos por la naturalota y fresconaza doña Ramoncita, y Mariano que á la verdad no se había hecho aun adepto de ninguna estravagancia de esta clase, quiero decir, de ninguna escuela, se dejó arrebatar por el torbellino espiritual de doña Paulita, á quien el tal Marianuelo no había parecido saco de paja; habiendo este advertido un no se qué de exótico, ó como si dijéramos de estranjería en la Ninfa, que le complació mucho siguiendo su predominante manía, y que, sea dicho sin ofender las gracias de otras mujeres, á mí no me agrada en comparacion del salero de las muchachas de esta tierra; pero como ha de ser, hay quien gusta del queso podrido y otros del queso fresco. Siga pues nuestro cuento: el amor mezclado con los licores y con el humillo que dan las salsas de los buenos platos, hace una maldita composicion química que yo quisiera que los Thénards habaneros me analizaran; lo cierto es, que después de comer bien y beber mejor se siente una intrepidez, una decision, sobre todo con las mujeres, que haría estremecer á la misma esposa de Lot transformada en estatua de sal. Mariano cayó en la tentacion, y fué agria y románticamente reprimido, como se ha visto, por la apuesta señorita.

Estaban sentados casi de espalda á la mesa en que jugaban al tresillo don Vicente, don Telesforo y don Carlos; y como el espaldar del sillón de este tocaba con las butacas de la pareja amorosa, pudo de consiguiente enterarse; y en una mano en que no entraba, volvió la cara animando al jóven en tan altas empresas, y estrañando que la niña rechazase el home-

naje que se rendía á sus gracias.—Déjenos V. en paz, dijo esta, ¡pues no faltaba mas sino que este caballero...! (señalando á Mariano.)—No se ha emancipado, respondió el capitán, en términos de merecer....

El pacientísimo cordero entre ruburoso como sucede á todo novel amante en sus primeras fazañas, y desconcertado por lo mal recibida que parecía haber sido su declaracion amorosa—¿habré yo dicho alguna tontería, se preguntaba á sí mismo, á pesar de haberme educado en los países mas ilustrados? será posible que no sepa manejar en el mundo y sobre todo como se ha de tratar á las damas? Por lo menos, en lo que no cabe duda es en que no debo saber como se habla á las de esta tierra, á mis compatriotas, á mis parientas, á aquellas de entre las que ha de salir la esposa con quien he de vivir por siempre!...—El capitán conoció mucho de lo que pasaba dentro del pobre Mariano, y atribuyéndolo al encogimiento natural, y por cierto tan interesante de los muchachos en tales casos, porqué muestra el candor y la pureza; le dijo:—Mocito, abra V. los ojos, esta ofensa de que se queja Paulita es la que mas fácilmente perdonan las mujeres en general; y mas las insulta una indiferencia, ciertamente repugnante al lado de una persona tan linda, que el tono un poco brusco del novicio que sin saber porqué se vá desde luego al abordaje.—V. no conoce mas mujeres que las de las cantinas, dijo Paulina encendida como una rosa.—Ni V. mas hombres que los de las novelas y los de los dramas.

—No por Dios, dijo el eclesiástico que no estaba lejos, de miron del tresillo, no quiera Dios que Paulita conozca tan solo á los hombres y á las mujeres que se estilan en el día en los romances y en la escena, esta sería la última fatalidad para su inocente corazón—Mariano, causa verdadera de toda esta disputa, había aprovechado aquel tiempo para disculparse con su Ninfa, que recibió con mas indulgencia sus excusas que no las bufonadas del capitán ni el sermoncito del eclesiástico. Pero el tal capitán á quien parece facilitaba el juego distraerse, no sin veinte anatemas de sus otros compañeros, y que había metido su cuarto á espada en este coloquio, volvió á la carga con mayor teson; no hay moseones mas pesados como estos entrometidos á graciosos, que han de hacer reir á la fuerza, aun cuando no puedan soportar sus chistes ni los dioses, ni los hombres, ni aun los postes.—Si, señor, si señor, exclamó, Paulita quería

que el pobre Mariano se hubiese estado en éstasis contemplándola dos horas, y cuando mas que hubiera insinuado su pasión con algun ligero indicio de *simpatía*, palabra tan de moda, y que á mí me revienta.—Porqué V. no la entiende, contestó vivamente Paulita—Sí, si no la entiendo, yo lo que entiendo es lo que es de entenderse; mi querida amiguita está por desgracia demasiado imbuida en esas tontunas de moda, y antes que oír á un bello jóven, *yo os amo*, con verdad y franqueza, se estaría con los ojos embebecidos y el pelo suelto al aire, sentada en una peña al borde de un torrente deshojando una rosa, y viendo en medio de su arrobamiento como la corriente va arrastrando cada hoja que cae de sus manos.—Bola, bola, dijo don Vicente, y á esto exclamó el capitán; me van á pelar vivo por estar yo chachareando con mis vecinos!

—No parece que estamos en el monte, gritó entonces Ramoncita.... ¡qué seriedad! qué secatura! Ni hacemos *maldad ninguna* á los que mas refunfuñen de la cuadrilla; ni se grita, ni se canta, ni al menos se baila aunque no fuese mas que vals como en los bailecitos de las niñas de las academias.... —Dice bien Ramoncita, añadió doña Sinforosa, yo no soy aficionada á chanzas pesadas, pero alguna diablura graciosa, como por ejemplo cuando le llenaron la cama de pica-pica á aquel don Climaco tan estirado, allá en el cafetal de la Desventura junto á las lomas del Cusco, ó bien pudieran Casimirito ó Ernesto representarnos algun lindo trozo de esas admirables piezas con que se dulcifican nuestras costumbres y se ilustra nuestro entendimiento en estos dias: por ejemplo, cuando Fayerel presenta el corazon de Raoul á la desventurada Gabriela, ¡ah! un corazon arrancado á un pecho humano! un corazon chorreando sangre! ¿qué cosa mas propia para excitar la sensibilidad?

—¿Porqué no hace V. el papel de la Gitana que cuenta como se achicharra un cuerpo tambien humano en el Trovador? le preguntó Emilio con cierta sorna.—Anda, anda, le respondió la viudita del siglo pasado, que eres un Caton sin barbas, con tu levitilla de guinga y tu sombrero de *jipijapa*.

Todos rodearon á Casimiro y á Ernesto, menos los jugadores del tresillo se supone, y les suplicaron que declamasen; de modo, que los muchachos no pudieron escusarse y el primero espetó el *parlamento* como llaman los cómicos, de Edipo cuando sale de la tumba; lo hizo á las mil maravillas, sobre

todo aquel... *parricida!!!* graneado y progresivo de feliz recordacion en los fastos de la *declamo-gritería* que está de última moda, y que así imita á la naturaleza como dos y dos son treinta y siete. Ernesto salió de apuros, preguntando si había alguna señora que gustase de montar sobre sus hombros, que ejecutaría el rapto de la Monja en el Trovador con edificacion de todo el auditorio pio; pero como ellas no gustasen de semejante cavalgadura, quedose en esto y no fué malo: callaron pues, suspendiéronse los aplausos; bailó Ernesto un vals con Ramoncita, y Mariano lució tambien sus habilidades con Paulita, las cuales hechizaron á doña Marcela haciendo ver que su maestro de baile de París, á lo menos, no había perdido el tiempo. D. Vicente viendo girar á su hijo como una veleta en tiempo de contraste, dijo, ¡hasta saltarin eres para que no te falte nada! La misma doña Sinforosa danzó con Emilio que pensó así en satisfacerla á costa de cuatro piruetas, y el inglés tubo la atencion de ofrecerse á doña Marcela, quien con mucha risa dijo que ella se mareaba; entonces se puso á tocar en un piano destemplado que había en la sala donde las dos señoritas de la casa se acompañaban en su eterno canturreo del alegre del duo de la Norma, música la mas profanada y manoseada de todas las músicas; y así que se cansaron, que se pusieron mustias las luces y que corrían sus dos buenas horas desde que había tocado ya á la *jila* la campana del Batey, y aun segun graves autores tambien á *silencio*, se fueron retirando cada uno á su catre amontonados en los departamentos respectivos, á la verdad con mayor confusion de la que exigiera el gran calor del clima, pero casi precisamente así por la poca division de las viviendas; y las muchas gentes que se guarecen en ellas.

Durmieron á pierna tendida sin que las interrumpiera mas que el grito de alerta de los guardieros, y el pitillo con que entretenían su pesada centinela allá en el fondo del batey. Dícese tambien que Mariano y el inglés como menos acostumbrados á estas cosas, se despertaron algunas veces en medio de la noche á aquella música, y mucho mas á la del coro destemplado y monótono de unas cuantas gallinas de Guinea que pasaban la noche en lo alto de las copudas ceibas que sombreaban la parte de atrás de la casa de vivienda, música por vida de Apolo, que no cede en lo áspero y desapacible al mismo descomunal graznido del payi-pollo de Juno.

Con la Aurora se levantaron el inglés, Emilio y el eclesiástico, citados desde la noche para anticiparse á todo el mundo y recorrer con libertad la finca formando aunque á la ligera algun juicio de su cultura: tomaron su café, y no lo callo porqué no se escondalize algun zeloso montero de que se hubiese omitido esta primera diligencia, luego que se toca el Ave María; el inglés moderó algun tanto el ardor de la bebida con un poco de leche, pero el padre y Emilio á fuer de buenos cubanos, la tomaron pura y bien cargada: creyeron estos señores que habían sido los primeros, pero allá en el fondo de una guarda-rama advirtieron cuatro hombres á caballo, y á poco reconocieron á don Telesforo, á su amigo don Vicente, al mayordomo y al mayoral, sobre briosos bridones, especialmente el último, á cuyo lado pendía esa cimitarra indispensable aquí en los campos, á lo menos por el uso, y que llaman machete, no sé si con mucha propiedad:—Hola, caballeros, mucho se ma-
 droga, supongo que han tomado Vdes. café, dijo D. Telesforo—
 Y no en corta cantidad respondió el inglés—Su Merced no sabe lo que es tomar café, dijo el mayoral, yo sí que no bebo otra cosa; tomo una jícara detrás de otra jícara—Y cuidado con las jícaras del mayoral que no son de esa loza que nos viene de Sajonia, sino medio güiro como una sandía malagueña, añadió don Vicente.—Pero como, ¿el señor no bebe vino?...—Ni agua, respondió el mayoral, y no porqué no me guste, pero el salario no dá para trampas largas... en cambio de eso, me deleito con mi güiro de café y mi tasajito de carne fresca de puerco.—¿En el rigor del verano? preguntó admirándose mucho el inglés.—Con la fresca del mes de Agosto, siguió el mayoral que como se vé no era corto de genio.—Así pues, yo no extraño, continuó el inglés, de que aun la lepra ejerza sus estragos en estos bellos países.... ¿quién ignora que en los climas cálidos la política y la religiun han vedado como inmundo el alimentarse con puerco, y como pecaminoso el uso de los licores?—¡ero no el del café, dijo Emilio: yo no aprobaré el abuso que se hace de esta bebida deleitosa que nos vino de la Arabia, ni negaré que la carne recien-muerta de puerco no pueda producir males muy funestos, que aquí bautizamos con el nombre genérico de enfermedad de la sangre; aun mas, juzgo digno del patriotismo é ilustracion de los magistrados y de los facultativos que se ocupen sériamente en evitarlos, si son tan dañosos; pero permítame V. que defienda mi tasajito de

carne fresca de un cochinillo corralero, que es á manera de un javalí chiquito, y que nada tiene que ver con esos marañazos disformes que se ceban en Europa y que le aseguro á V. que si se exceptúan los jamones y algun que otro chorizo, no cambiaría por la menor costilleja de estos sabrosos corraleros.— ¡Qué costillas, añadió don Telesforo, ni per el menor chicharroncito de los que nos almorzaremos luego!—Entonces se separaron caballeros y escuderos, estos á seguir á pié su paseo instructivo, y aquellos á reconocer los cuadros que se plantaban en aquel momento, los que se chapeaban, y en fin, los trabajos del día, antes que el sol que ya quería romper demasiado despejado y libre, no los hiciera encerrarse mal de su grado.

Solos ya, principiaron su escursión examinando la simetría de lus cuadros, los frutales puestos en los vallados, los plátanos en lo interior, y no en corto número, á pesar de que su sombra puede perjudicar quizás al cafeto: detuviéronse mucho en la planta de este, que entregada á sí misma se eleva como un árbol y que podándola oportunamente queda limitada á un ligero arbusto, á una acopada mata siempre verdosa, gracias á la eterna vegetacion intertropical; por Marzo coronada de una flor blanca y olorosa á manera de la diamela de Andalucía, trasciende por todo aquel espacio y tan copiosa que parece que ha caído una abundante nevada sobre el vivo color verde de aquellos arbolitos: y que después con aquel grano rojo y luego amaratado que seco forma ese aromático y sabroso café que como un dulce beleño de los males de la vida, adormece y perfuma en las mesas de casi todo el mundo. Enterado el inglés de lo que se llama chapeo, del instrumento tosco con que se ejecuta esta labor, si tal es que merezca semejante nombre, de que las hojas y despojos del mismo cafeto son el único abono que reponen la tierra que le alimenta; no pudo menos de extrañar tanto abandono, á su modo de ver, y la fecundidad admirable del suelo que casi espontáneamente, y sin ser requerido, desenvolvía de sus entrañas tamañas riquezas. El eclesiástico le contestó.

—Yo no soy optimista, ni creo que todo está así lo mejor posible; pero juzgo que muchas cosas que nos parecen mal, examinadas absolutamente, si atendemos á las circunstancias de su situacion, no lo son tanto, y aun diré mas, que están bien. Si se compara la isla de Cuba con un país de antigua cultura, merecería todas las críticas que V. ha insinuado, y aun

mayores; pero reflexione V. que la poblacion, el cultivo, el comercio y la industria, todo ha principiado á la vez, y que en un transcurso de tiempo no muy considerable, chocando con obstáculos de todas clases, se desenvuelve entre estos mismos, y merced á esa fecundidad de la tierra que nos ha enriquecido con frutos especialísimos y casi peculiares de nuestro clima, y merced tambien á las sabias disposiciones adoptadas al fin por el gobierno, crece la riqueza, se aumenta la poblacion que lucha aun con dificultades mas fuertes, y de consiguiente el cultivo y la industria por precision arrastran todavia penosamente su lentísimo progreso. Nosotros no tenemos brazos suficientes para ejecutar las labores ni con la estension, ni con la oportunidad debidas; y esto que sería un mal de muerte en Europa, en nuestro estado casi es un bien; porqué exigiría desembolsar inmensos capitales para las negradas que necesitarían las mas fuertes labores y sobre todo porqué estando la mayor parte de la isla sin cultivar, aun cuando una tierra se canse de ofrecer sus tesoros, se acude á otro pedazo virgen que por un número de años recompensa con usura la esterilidad de la antigua: no es como en Europa que la heredad de una familia lo es para siempre, y todos los demás terrenos se hallan ocupados, siendo indispensable sacar el fruto de los afanes y sudores del mismo lugar que alimentó á los abuelos del que ahora le cultiva.

—Tambien la calidad del trabajo influye mucho; jamás la mano benéfica y diligente del propietario empuña la esteva ni la ponderosa azada en nuestros campos; nosotros encargamos al despecho y aun al odio de nuestros siervos el que cultiven la tierra con que hemos de alimentar á nuestros hijos. ¡Ah servidumbre!... La religion te maldice, la filosofía te proscribete, y el interés individual mismo te rechaza como nocivo á sus mayores ventajas, ¡y tú subsistes á pesar de todo!... Esta declamacion de Emilio dió un tinte de melancolía á la pacífica y útil discusion que ocupaba á los tres amigos, como sucede siempre á toda alma sensible y preveedora, al meditar alguntanto sobre una materia que envuelve tan oscuro y siniestro porvenir....

—Comprendo perfectamente todas las dificultades, (contestó el inglés) que me han desenvuelto cada uno de Vdes., el anciano con su razon y su esperiencia, el jóven con su corazon sensible y su imaginacion fuego; pero es incontestable

que hay muchas otras colonias en que al tropezar mas ó menos con los mismos inconvenientes, se ha perfeccionado el genio de sus habitantes y hecho progresos ya en la agricultura, ya en las artes que aquí echamos de menos: Vdes. me dicen que no necesitan todavía de ese refinamiento; Emilio y añade, que el modo de poseer y la manera de trabajar en el país, son obstáculos de bronce para todo gran progreso; mas lo repito, yo entreveo otras causas tambien que pueden influir: no olvidemos la conversacion de á noche, la educacion, la mala educacion, el charlatanismo de los que se empeñan en enseñar lo que no entienden, y lo que es peor, lo que no sirve de nada; y la obstinacion de negarse á adquirir los conocimientos que son de la primera necesidad en el país. Mas valdrían cuarenta muchachos que supieran los elementos del dibujo lineal, esto es que pudiesen ser artesanos, con disposicion é inteligencia; que uno solo que aprenda el cálculo infinitesimal y que pregunte lánguidamente ¿y para qué sirve esto? Y en efecto ¿para qué sirve sin aplicacion?

—Aquí volvemos naturalmente á la cuestion de orden, dijo el eclesiástico, que entre damas y copas de licor, solo al aturdido Casimiro pudo ocurrir el suscitar. Los hombres que no creen saber sino cuando se han llenado la cabeza de muchos principios generales, piensan en todo menos en lo positivo; y obstinados en que saber es retener palabras, prefieren, como un pedante de escuela, que un muchacho defina, por ejemplo lo que es sumar, á que con efecto sume. La cuestion de orden no se limita por cierto á la filosofía, estiéndose á todos los ramos de nuestros conocimientos, y si no hubiese prevalecido entre nosotros el aprender abstracciones, y el no buscar jamás lo concreto, tal vez, y sin tal vez, nuestra sociedad no se volvería toda leguleyos, medicastros y oficinistas, gente de pluma y de charla, y no tendríamos el disgusto de desojarnos para encontrar algun hombre industrial, pues los de esta clase son raros ó por mejor decir tienen que venirnos de fuera de todos lados, y de todas maneras; nosotros hemos aprendido á disipar la riqueza que se forma de este ó del otro modo, pero nunca por nuestra mano; y esto convengo con V., consiste todo en la educacion; y de aquí proviene el que no tengamos industria ni en nuestros campos ni en nuestras ciudades.

—En nuestros campos, repitió con dolor Emilio, donde solo venimos á despilfarrar las economías que debían enriquecer-

nos, y aun á consumir nuestros mismos capitales, y á ocuparnos cuando mas en ir á la *valla* ó reñidero de gallos mas próximo, al baile del pueblo mas cerca, y puede asegurarse sin temeridad, al garito mas ó menos ilustre, pero al fin garito, en que nos arrebatamos como furiosos unos á otros, el dinero, sin mas motivo que el de ignorar en que otra cosa pudiéramos mejor pasar el tiempo. En nuestras ciudades aun es peor; allí, donde unos hombres tienen que estar eternamente separados de los otros, no hay estímulo, no hay progreso; ni yo puedo descender, ni tú subirás jamás.... esta es la muerte de toda industria.... Y la educacion tambien, si señor, llueven los pedantes, y se apoderan de nuestros infelices hijos, grítanles por todas partes que si han de saber espresarse con claridad y exactitud, es menester que discutan de ante-mano y prolijamente si un juicio ha de constar de dos ó de tres ideas: no aprenden jamás á escribir cuatro letras ni á su padre, ni á su madre, ni á sus amigos, ni saben como han de hablar aunque se trate de lo mas trivial, pero se les encaja una voluminosa gramática, con las cavilaciones metafísicas de cada visionario, que en su guardilla piensa que sus sueños son realidades; amen de una retórica, amen de una ideología y amen.... de todo lo que contribuya á no saber explicar sus conceptos, que es lo que necesitan las gentes, y no ser gramáticos: ¡buena estaría una ciudad entera de gramáticos! probablemente no encontraríamos en ella un zapatero que nos remendara las botas si se nos rompiesen.

En esto llegaron á un cuadro donde la negrada chapeaba en el mas profundo silencio, que solo era interrumpido de cuando en cuando por el chasquido desapacible y penetrante del látigo del contra-mayoral quien le hacía quizás resonar, mas por atemorizar y mostrar su predominio, y tambien para acreditar su celo, que porqué realmente hubiese necesidad de azotar el aire pacífico que nos refrescaba deliciosamente; pero el hombre es así; quiere que le teman mejor que no le desprecien, muy raro anhela porqué le amen.—El inglés exclamó ¡qué diferencia entre esta manera taciturna y siniestra de cultivar la tierra y la festiva algazara de nuestros trabajadores en el tajo de la labor!—Sobre todo en las festivas vendimias, añadió Emilio.—El padre observó que aquella corteza á cuya superficie apenas se tocaba con aquellos rudos machetes, sería la misma desde la creacion, si el arado no la hubiese abierto para las plantaciones, por lo demás queda intacta y apenas se amonto-

na alguna poca con los despojos de la planta al rededor del pequeño tronco de esta.—Continuando su paseo, advirtieron á las señoras y otras personas de la reunion en el fondo de una guarda-rama de cañas bravas, tan espesas y acopadas que formaban una bóveda de continuada sombra por toda ella, que no podían romper ni aun los rayos del sol al medio dia; siguiéronla y no les pesó haber escogido aquel camino, porque el cansancio del paseo y el sol que se remontaba ya sobre el horizonte le hacían bastante agradable. Mucho admiró el inglés la espesura y frondosidad de nuestras cañas, tan gruesas como un árbol, y tan corpulentas como una palma; — si Lafontaine hubiera visto estas cañas, añadió, no hubiera rejuvenecido la antigua fábula de la Encina y la Caña; los huracanes mismos de las Antillas no las desarraigan, y á la verdad no son tan flexibles como las que se doblaban y no se rompían al lado del árbol terrible que desafia al rayo en la frente majestuosa de nuestras elevadas montañas.—Muchos nombres había grabados en la gruesa corteza de aquellos cañaverales, algunos versos mas ó menos originales, mas ó menos necios; pero se sorprendieron al encontrar muy recientemente inscriptos, y tanto que lo habían sido aquella misma mañana, los nombres de *Mariano, Paula, dia tanto &c....* la fecha y después precedido de muchos puntos suspensivos y seguido de admiraciones y de otro escuadron de los mismos puntos un.... *¡Ah!!!* que todos se miraron á la cara y no pudieron definir.—Pero Emilio dijo, esto no significa mas sino que esta inscripcion la ha puesto el pobre Mariano.—Yo veo aquí tambien la mano de Paulita, añadió el padre; en otros querría decir esto cualquier cosa, en ellos; nada mas....—Sino que son ellos, respondió riéndose Emilio.—El bullicio de los muchachos, las carcajadas de don Carlos que hubieran hecho resonar los valles de alrededor, si tales valles hubiera en las llanuras de tierra colorada de la Vuelta de abajo, y los regaños de doña Sinforosa que no estando ya en el caso de hacer travesurillas, se enfadaba mucho de las de los otros; todo anunció á nuestros paseantes que se habían encontrado ya con el resto de la sociedad allí reunida, y que debían callar las togas y las armas, para que no prevaleciesen sino las plumas de Venus. Saludáronse muy cortesmente yentes y vinientes, Ramoncita embromó mucho á Emilio porque se iba á filosofar y dejaba á las damas, y Mariano soltándose de los brazos á babor de la reverenda y buena

mamá y á estribor de la amable y patética Paulita, fué á saludar al inglés, á darle su *puñado de manos*, como dicen los franceses, y á lucir sus conocimientos en la lengua de Shakespeare y de Milton: el padre vino á hablar á doña Marcela, quien tomó un polvo que le ofreciera este, aunque la señora, si no hubiera temido las murmuraciones de los acompañantes, hubiera preferido un entrefuerte de la petaca de don Vicente: bien que como no había tomado mas que café no tenía necesidad de incenciarse tan temprano las tripas.

Entre estas conversaciones de monton en que se hablan tantas palabras y se dicen tan pocas cosas, en que se rie cada uno no de las gracias de los otros, sino de la necesidad que tiene de alegrarse y de hacer ruido, hubiera llegado felizmente á la casa de vivienda la vocinglera comparsa, si no la hubiese interrumpido el batallon de negrillos criollos acaudillados por un contra-mayoral del sexo femenino, jóven y no de mala cara; armada no obstante con el indispensable látigo, que hacía estallar no sin cierta elegancia y aun coquetería; porqué las mujeres no pueden hacer nada, ni aun las cosas mas repugnantes, sin aspirar siempre á agradar; me parece que si fuera una muger el verdugo, había de querer no parecer mal al ahorcado. Los criollitos saltaban, y aunque sin hablar, porqué *señó está viendo*, manifestaban una alegría, una cara tan contenta, que caracterizaba toda la imprevision de la infancia, y que nadie desea lo que no conoce. Siguieron pues barriendo la guarda-rama, con un esmero digno de toda atención, y las señoras y caballeros después de haber hablado con algunos y repartídoles sus medios, continuaron á la casa porqué el sol no permitía chanzas, y era menester pensar seriamente en el grave asunto de almorzar. No dejó sin embargo el inglés de dirigir alguna ojeada, siempre acompañado de sus dos amigos, á los tendales, secaderos y almacenes; se enteró de muchas operaciones que se hacen allí y que no eran de aquella estacion, no omitiendo el esmero con que se escoge el café, comision que muy oportunamente se dá á las mujeres que tienen toda la proligidad precisa para hacer este espulgo. Salieronles por allí el coro de cantantes que tan deliciosa serenata les dieron la noche anterior, particularmente á Mariano y al inglés; este pidió prontamente la escopeta, no para darles las gracias como merecían, sino para presentar trofeos de su habilidad en la caza; pero Emilio y el eclesiástico le dijeron que

nunca se les hacía fuego en el *butey*, ni aun en la misma finca á las gallinas de Guinea (pues supongo que el pio y benévolo lector habrá comprendido que voy hablando de ellas) porqué huyen despavoridas y no vuelven mas á las cercanías de la casa.

Llegaron pues á ella y vieron que estaba don Telesforo dando ya disposiciones de almuerzo, bien que aun no eran las ocho de la mañana; todo el mundo reclamaba, menos don Carlos que hallaba racional y oportuno el zelo de su amigo; cuando salió don Vicente entre risueño y admirado, calado de gafas y con una carta que acababa de recibir de la Habana de su amigo, segun dijo, don Emeterio Sagarrigüistizabal, que decía en sustancia: "Mi querido amigo; la ciudad está toda alborotada, y aun yo mismo me alborotaría, si fuera de genio alborotable, con motivo del pronóstico de un médico, profeta, adivino,... qué se yo, de uno que nadie ha visto segun parece, y de quien todos hablan; en que anuncia el fin del mundo para san Juan, ó al menos el fin de esta isla, que para nosotros es lo mismo; nadie le ha creído se supone, pero todos charlan del asunto, y dicen tales cosas que se asombraría V. Fué preso, á lo que afirman, el tal personaje de las malditas adivinanzas, le metieron en una *baltolina*, y sabe Dios que ignoro lo que es una *baltolina*, y no permita su Divina Magestad que lo sepa, y habiendo ido á tomarle declaracion, heté aquí que se marchó por los aires transformado en aura tiñosa"...—Todos interrumpieron á D. Vicente clamando: ¡Qué majadería! ¿Es posible que Emeterio pase su tiempo...?—Señores, señores, gritó don Vicente, se queda lo mejor que es la postdata, y siguió leyendo "*Post scriptum*. Después de escrita mi carta he averiguado que todo esto no es mas que una patraña inventada por algunos pillos, propagada por bastantes tontos, y que todo hombre de razon debe mirar con el mayor desprecio."—Dice bien, voto á bríos, repuso don Carlos, el señor don Emeterio.

—No, no, dijo doña Sinforosa, la cosa no es para tantas burletas, me estremecó de oír.... no puedo remediarlo.—Prima mia, le contestó don Telesforo, tú eres precisamente la que menos debes alterarte, porqué esto, no sea dicho por incomodarte, pero tu fin del mundo por un orden natural....—Ya, ya te entiendo, le interrumpió la sesentona viuda.—Si fueran estas muchachas, esos jóvenes que empiezan ahora á vivir, continuó don Telesforo, vamos, sería disculpable su sentimiento; pero yo no sé que diantres tienen los hombres y las mujeres,

prima mia, que mientras mas viven mas quieren vivir.— Está en el órden de la naturaleza dijo el eclesiástico, que mientras se exista, se ame esta conciencia de que existe uno, este goce de todo lo que tiene relacion con la vida actual; la palabra divina siempre de acuerdo con la misma naturaleza, nos hizo un precepto de conservar nuestros dias; así pues, señor don Telesforo, déjenos V. disfrutar de un don que nos dió la naturaleza y que Dios nos manda conservar. Eso no quita el que el que yo me una con V. para reirme á carcajadas del ridículo cartapacio que ha recibido nuestro amigo don Vicente; eso no merece, como se ha dicho muy bien, sino el desprecio, y si las gentes sensatas lo hubieran hecho así desde el principio, á los cinco minutos nadie se hubiera acordado de una impertinencia que no puede producir sino males; porqué hay entendimientos débiles, almas tímidas, en quienes semejantes impertinencias por mas destituidas de razon que se encuentren, suscitan terrores incómodos.—Yo no sé que tiene esto del fin del mundo, dijo el inglés, que por mas descabellados que sean los pronósticos que nos hagan de él, siempre nos causan una impresion desagradable: no creemos y recelamos. Entiendo, si no me equivoco, que la certeza que tenemos de que ha de llegar, pues así está anunciado en libros divinos; las hipótesis á que se han entregado algunos filósofos sobre el modo con que ha de verificarse esta univérsal catástrofe, y en fin, un cierto instinto interior que nos indica que el mundo no es eterno y que perecerá, á lo menos en su forma actual, hace que todas estas invenciones, regularmente de ignorantes maliciosos y desocupados, ó de locos y borrachos, nos mortifiquen algun tanto por mas que nos burlemos de ellas con mucha justicia.

Bastante pudiera yo añadir, dice el Moro, si quisiera repetir los dulces coloquios, los ingeniosos discursos, y las sabrosas pláticas que se pasaron en tan discreta y amable compañía; me dilataría sobre la mesa del almuerzo y sus incidentes, en el chichisveo siempre en aumento de Mariano con Paulita, en términos de haber llamado muy seriamente la atencion de doña Marcela, y aun del mismo D. Vicente que miraba estos pecadillos del galanteo con mas indulgencia que ningunos otros: y esto durante un dia mas, pues hasta la mañana siguiente muy de madrugada don Vicente y su familia no continuaron su viaje para el ingenio: el inglés y Emilio se volvieron á la ciudad; y con esto, hasta la sesta parte, donde... habrálo que se encuentre.

SECCION CUARTA.

POESIA.

EXISTENCIA DE DIOS.

SONETO.

Absorto ¡oh sumo Dios! mi pensamiento,
en todas partes sin cesar te mira:
¿quien en tus obras tu poder no admira?
Hablen el fuego, el mar, la tierra, el viento.

¿Quien fué quien colocó en el firmamento
la inmensidad de mundos que en él gira?
Atonita, pasmada, en vano aspira
el alma á sondear tanto portento.

El curso de los astros prodigioso,
sus órbitas, su luz resplandeciente,
¿no inspiran un respeto religioso?

Las leyes á que el mundo está obediente
Me dicen en su idioma magestuoso
"Nuestro autor es un Dios omnipotente."
Ayuntamiento de Madrid

TRISTE AMOR
DE UN GUAJIRO.

*Yo me enamoré de Cleta
mientras que la vi guajira:
desde que gasta peineta
ni la miro, ni me mira.*

*

Aunque soy un pobre arriero,
y el sol ha tostado el cuero
de mi *pedregosa* facha,
en querer á una muchacha
me apuesto con el primero.
Bajo de esta camiseta
no se hallará un alma prieta,
sino un corazon muy blando:
dígalo aquel día, cuando
yo me enamoré de Cleta.

*

Cleta, la camarioqueña,
cuya boquita risueña
parece un *aji guaguao*,
y tiene la airosa grieta
del mismo color de un *cao*.
Ni cuando se empinó el globo,
fué mas profundo mi arrobo
que al verla.—Y no, no es mentira:
viví lelo, *anduve bobo*
mientras que la vi guajira.

*

Después se marchó á Matanzas,
porqué sus padres juntaron
talegos de enormes panzas,
por lo cual mis esperanzas
cayeron y boquearon.
¿No es una sandez completa
ponérmele yo delante,
desde que ha visto retreta,
desde que se pone guante,
desde que gasta peineta?

*

Después que sus labios rojos
perdí, y aquel rostro suyo
que fuera mi quita-enojos,
soy como un lindo cocuyo
al que sacaron los ojos.
En fin vivo de mentira,
duermo poco y peno mucho,
desde que aquella guajira
ni me escucha ni la escucho,
ni la miro, ni me mira.

JACINTO MILANES.

PARA EL ALBUM
DE
D. N. Jauregui.

Nunca de Cuba la memoria grata
olvida el hijo de su fértil suelo,
que de un patriota el alma se dilata
con los recuerdos de tan dulce anhelo:

Tú á quien la ausencia súbita arrebató
de tu país natal, del claro cielo
de Cuba hermosa; si en París te hallares,
„suene la patria siempre en tus cantares.”

Cuando suntuosos monumentos veas,
y contemples del arte la grandeza,
si con ellos tu espíritu recreas,
por su raro primor, por su riqueza:

No separes jamás de tus ideas
de Cuba amada la sin par belleza,
ni sus flores, sus ríos, sus palmares:
“suene la patria siempre en tus cantares.”

EPIGRAMA.

—Insípidos deben ser,
amigo sus epigramas.

—¿Porqué insípidos los llamas
sin llegarlos á leer?

—Porqué he visto muchas veces
las obrillas de ese autor:
cada vez lo hace peor,
prosa rimada y sandeces.

Ayuntamiento de Madrid 47

CONTRA LA SOLEDAD.

Si es que tu seno atesora
¡oh soledad! mil encantos,
consérvalos en buen hora
para aquel que los adora
y te consagra sus cantos.

Un desierto, entristecida
el alma en tí solo advierte
y te observa estremecida
que es tu reinado sin vida
y tu corona la muerte.

¿Adonde está la ventura
que en tu recinto se encierra?
adonde, dí, la dulzura
con que templas la amargura
que el triste sufre en la tierra?

A cobardes y á malvados
aposentas criminal;
pero los hombres honrados
se alejan horrorizados
de tu mansion infernal.

En tus bosques silenciosos
y en los tristes matorrales,
los monstruos mas horribles,
los reptiles ponzoñosos,
acechan á los mortales.

Si es que asombrada la mente
algo sublime en tí mira,
no juzgues alegremente
que puedes alzar la frente
ante un mundo que te admira.

Tambien la muerte horrorosa
muéstrase á veces sublime;
pero no porqué es hermosa—
porqué su faz espantosa
horror en el alma imprime.

Nunca en tí la Caridad
fija su dulce mansion,
y en tu seno, oh Soledad,
con cetro de iniquidad
manda la Desolacion.

Ora bendiga mi suerte,
ora me queje del hado,
como á imágen de la muerte
solamente aborrecerte
á mi corazon es dado.

Que acá en mi humilde sentir
es del hombre la mision
entre los hombres vivir,
y antes quisiera morir
que habitar en tu mansion.

SÁFICOS ADÓNICOS.

Rasgue mi pecho la feroz ausencia
Apure el cáliz de dolor amargo
O ya la suerte con furor me oprima
Siempre te amo.

¡Pura, sensible, célica Lucinda!
Tú eres la bella, que mi pecho enciende
Cuando las cuerdas de mi dulce lira
Pulso inspirado.

Tuyo es mi tierno delicioso canto,
Tuyo es el númen que mi mente inspira
Y tuyo el pecho que de amor se abraza
Férvido, eterno.

Tú que entregada á la afliccion y al duelo
Mi acento débil con placer escuchas
ángel hermoso de feliz consuelo
Bella Lucinda!

Sabe que solo para tí respiro
Y que tu nombre vagará en mi labio
Cuando al abismo del voraz sepulcro
Yerto descienda.

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE ES DULCE.

¡Cuánto es dulce, mirar en las playas
estrellarse las férvidas olas
y á un amante pensar á sus solas
en la prenda feliz de su amor!

Cuánto es dulce de cándida aurora
el destello en mañana de Mayo
y el sonido del rápido rayo
cuando brama soberbio Aquilon!

Cuánto es dulce mirar la corriente
del arroyo que besa las flores
y escuchar juramentos de amores
de los labios de casta beldad!

Cuánto es dulce besar la mejilla
de gentil y galana doncella
y mirar el fulgor de una estrella
en las sombras de horrible huracán!

Cuánto es dulce gozar la ternura
Que la virgen amante atesora
y los rayos mirar con que dora
Almo sol la pradera gentil!

Cuánto es dulce mirar los primores
De pintada fugaz mariposa
y los tintes de púdica rosa
en mañana florida de Abril!

Cuánto es dulce pulsar inspirado
la dorada y armónica Lira
y mirar que una bella suspira
agitada de gusto y amor.

Cuánto es dulce gozar en el lecho
blando sueño feliz sosegado
y dormir en el seno adorado
de la esposa que causa ilusión!

Ayuntamiento de Madrid

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

ANTONELLI.

V.

Amanecerá Dios y medraremos, y mañana será otro día, eran frases muy usuales en tiempos de Antonelli; pero que no se le ocurrieron por cierto en lo restante de la noche después que se despidió de Gelabert: al contrario, cuando desde su ventana vio alborear la luz amarillenta de la madrugada, experimentó cierto enojo, como si le ofendiese su claridad.—No había dormido un solo punto, y ni siquiera se había despojado de sus ropas. Su pensamiento iba y venía sin cesar de Casilda á Gelabert, de sus maquinaciones criminales á su propósito generoso de dejarlos gozar su dicha, que por momentos le parecía un heroísmo superior á sus fuerzas, y flaqueaba en su resolución. Fatigado de aquella batalla interior, y sin esperanzas ya de conciliar el sueño, imaginó que leyendo conseguiría quizás adormecer su cavilosidad: tomó en efecto un libro, que acertó á ser la *Divina Commedia* del Dante, y abriendo al acaso, comenzó á leer en voz alta, como para distraerse mientras, la patética relacion de *Francesca de Rimini*. Las palabras de su lengua nativa, que no escuchaba hacía mucho tiempo, y la poesía conmovedora del bardo errante de la edad-media, comunicaron poco á poco otro sesgo á sus ideas, trasladán-

dole en imaginacion á las campiñas de su patria, y á los años de su niñez: tras el recuerdo de sus juegos pueriles, vino el de las bizarrías de su juventud, y en pos de sus mocedades, se presentó á su fantasía una sombra vaga y de indecisos contornos, que revistiéndose gradualmente con apariencias de muger, quedó en últimas reducida á una imágen de Isabel, coronada de flores, y con su palma de vírgen entre las manos. La memoria de Antonelli recorrió la cuenta de aquellos mágicos dias, que tan funesto remate tuvieron, y representándose sin duda con mayor viveza algun lance particular, repitió con trémula voz las palabras que el Dante atribuye á *Francesca*.

La bocca mi bació tutto tremante!

añadiendo en italiano: „oh Isabel, Isabel!...si tú vivieras!..Angel mio! Tú que ves la lucha y el remordimiento de mi corazon por haber dado lugar pocos instantes al crimen, donde estuvo tu imagen inmaculada, perdóname! Yo te ofrecí sobre tu huesa no amar á ninguna otra mujer! yo te he faltado....Pero aun no es tarde! Cumpliré mi promesa; y seré digno de tí, de tí que sin duda me amas aun desde el cielo!”...Arrojó en seguida el libro sobre una mesa, y murmurando aquellos otros versos del mismo poeta,

....Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria....

fué á sentarse en la ventana, donde le sorprendió la aurora, conforme se ha visto al principio del capítulo.

Dejose oír poco después la campana de la parroquia, llamando los fieles á la misa de madrugada; y la trémula vibracion de su tañido melancólico, se entró por los oídos de Antonelli, como si fuese la voz del ángel de su guarda que viniera á ahogar de una vez los estímulos malignos de su pasion. Imbuido Antonelli desde la niñez en los principios reinantes de su época, si bien no tuvo una juventud muy limpia de placeres mundanales, con todo, su desarreglo no alcanzó á malear su índole generosa. El amor legítimo de Isabel, purificó su corazon de toda inmundicia terrena, y la atmósfera de castidad que rodeaba á aquella vírgen, se introdujo hasta lo íntimo de su alma, como el ambiente aromado de un paraíso, que le traía la paz, el contentamiento de sí mismo, y la esperanza de una

ventura sin límites. Entónces echaron mas hondas raíces sus creencias religiosas, porqué nunca se tiene mas fé en Dios, que en el extremo infortunio, ó en la suma felicidad. Es cierto que la desesperacion en que le puso la pérdida de su tesoro, y los negocios del mundo en que tomó parte, bastardearon al cabo su piedad, comunicándole los resabios del fanatismo supersticioso que reinaba en la corte de Felipe II; pero no fueron poderosos á estinguir los movimientos espontáneos hacia el Eterno Ser, que de cuando en cuando sentía en su interior. Merced á ellos y á su generosidad caballeresca, había luchado contra las asechanzas del egoismo en su rivalidad con Gelabert; y cediendo á su influjo, al escuchar á deshora la campana de la iglesia, para mas afirmarse en su intento, y como para reconciliarse con el cielo en vísperas de emprender tan largo viage, determinó humillar su frente á los piés de un sacerdote y ofrecer al Señor en ferviente oracion, el sacrificio de sus afectos atormentadores.

Impresionado con la solemnidad de este pensamiento, recogiose en sí mismo un buen espacio para arreglar cuentas con su conciencia: en seguida, á pasos medidos, y componiendo el rostro lo mejor que supo para cubrir su agitacion, se encaminó á la portería del convento de S. Francisco, en fábrica entónces; y llamando al pabre Fr. Gabriel Sotomayor, que gozaba fama ejemplar, suplicole con la vista en el suelo, que en caridad le oyese sus pecados. No estrañó por cierto el digno padre la propuesta de Antonelli, á quien ya conocía, porque entonces estaba mas frecuentado que ahora el confesionario; y guiándole por el claustro á la iglesia, escuchó las revelaciones del pecador arrepentido, que después recibió la hostia sagrada.

Al salir Antonelli del templo, sentía cierta elacion de ánimo, efecto ordinario de toda ceremonia religiosa, practicada con fé y esperanza; y aligerado ya del peso que le abrumaba, imaginó que podría arrostrar con seguridad las emociones del sarao del Morro.

VI.

La fábrica de este castillo hace época en los anales cubanos, porqué con él se imaginaron los moradores de la Habana que echaban llave á su puerto, mal defendido hasta entonces por el de la Fuerza, insuficiente para imponer respeto á piratas aventureros, cuanto mas á las escuadras de alguna nacion ene-

miga que hubiese tenido el antojo de reflejar su pabellon en las aguas de la bahía. Adelantada ya la obra en términos de recibir artillería en sus baluartes, quiso el gobernador capitán general D. Juan de Tejada, ponerle nombre, y dar posesion á su primer castellano Alonso Sanchez de Toro: en efecto, por la tarde del día á que hemos llegado, en compañía de las personas mas calificadas del pueblo, trasladose á la fortaleza, para autorizar la ceremonia de bautizarla con el nombre de los *Tres Reyes*, que se celebró al estampido de sus cañones, á que respondieron con los suyos la Fuerza y los galeonos de las flotas de Nueva España y la Tierra-Firme, que en aquellos tiempos acostumbraban juntarse en este puerto á principios de junio, para seguir juntas su derrota á la Península.

Para la noche tenía dispuesto el Gobernador un festejo que á la par de solaz y esparcimiento al vecindario, sirviese tambien de agasajo y honrosa despedida al ingeniero Antonelli, á quien conforme se ha dicho, trataba con alta deferencia, y que tan buenas ó malas obras podía hacerle en la corte, por el favor que allí gozaba. A medida que fué oscureciendo, comenzaron á acudir los convidados, todos gente granada por su nobleza y discrecion los caballeros, por su discrecion y su hermosura las damas: hacía los honores de la fiesta el castellano Alonso Sanchez, y segun iban llegando, echaba cada cual por donde su curiosidad le movía, unos á recorrer la fortaleza iluminada, otros á examinar con detenimiento, antes de que el concurso se apiñase, el salon de baile. Habíase levantado este en medio de la espaciosa plaza-de-armas, en cuyo frente, por el lado del norte, estaban la capilla, y las casas del capellan y del castellano. Lo interior de la sala no dejaba por cierto traslucir la précipitacion con que se había trabajado en ella, antes por el contrario, en todos sus adornos, desde la matizada alfombra del pavimento, hasta los rosetones de donde pendían las arañas, notábase el mas atinado esmero. No tardó mucho en verse el estrado lleno de damas, cada cual con uno ó mas galanes á su devocion, conforme á su garbo ó su belleza, prendidas ellas, y ellos ataviados con todo primor á usanza de aquella época. Hubo mucho brocado de oro y tabí de plata, mucha joyante seda, y trémula argentería en los tocados, y juguetonas plumas en los sombreros. Paso en silencio tanto pomposo brial, tanta gorguera de encajes, y otros mil ricos vestidos que de poco me serviría describir, pues es muy probable que

la mayor parte de mis lectores se quedasen tan á oscuras como antes con los nombres de trajes ahora desconocidos: baste decir que el salón, usando frases de aquel tiempo, estaba hecho *un cielo de joyas*, ó *una risueña primavera*. Ya principiado el baile, entró Lupercio de mano con Casilda, seguidos de Hernán Manrique y la tía: desde el extremo opuesto de la sala alcanzó á verlos Antonelli, y á pesar de lo sobre-aviso que estaba, no pudo impedir que se le robase el color del rostro, tanto que hubo de repararlo una buena señora, ya entrada en años, y decirle; “¡Jesús! señor don Juan! No parece sino que habeis visto una mala vision.”

—“¿Porqué, señora?” respondió Antonelli.

—“Válgame el cielo!” respondió ella: “si de pronto os pusisteis mas amarillo que un difunto.—Bien hariais en salir á tomar un poco el aire.”

—“Pues no sé porqué habrá sido. Yo nada siento en verdad.”

—“¿Cómo no? Algo os aqueja. Por lo menos sentaos un rato, que yo os haré lugar.” y recogió las faldas de su vestido, abreviándose cuanto le fué posible para que cupiese Antonelli: pero él no quiso aceptar el asiento, y por cortar la conversacion, que tenía trazas de prolongar la compasiva señora, se despidió diciendo que iba á seguir el primer consejo de respirar el aire libre, porqué en efecto el calor comenzaba á dejarse sentir. Con esto fué á ponerse en otro sitio, precisamente frontero á Casilda que con Lupercio danzaba: nunca le había parecido aquella tan encantadora; y en realidad, algo mejor debía de estar, pues su prestigio fascinaba no solo al abatido ingeniero, sino tambien á todos los demás jóvenes que se deshacían en elojios de su hermosura, y mas aun de su gracia. Sobresalía su traje, no tanto por lo esquisito de las telas, que eran de lo mejor, como por el aliño y donaire de su aderezo. Rodeábase la cabeza á estilo oriental, un pañuelo blanco con listas á cuadros de colores, asomando por debajo sus negros cabellos alisados sobre las sienes: vestía corpiño de terciopelo verde con mangas blancas distribuidas en bufos: precioso faldekin blanco tambien, y encima una saya abierta del mismo color y tela que el corpiño, este y aquella con rapacejos de oro; completando su atavío un rico brocamanton prendido al pecho, y arracadas de aguas-marinas que se llevaban los dedos de mas de cuatro doncellas, porqué esas piedras eran entonces muy solicitadas.

Como si quisiera saciarse por última vez en la contemplación de aquel ángel, Antonelli no le quitaba los ojos; y si en aquel instante le hubiesen pedido cuenta de lo que pensaba, no hubiera acertado á darla: fortalecido en su propósito con el apoyo de la religion, sentía una conformidad melancólica, á la par que cierto deleite inefable que causa siempre la vista de una mujer querida, aun cuando sepamos que le somos indiferentes. La mirada modesta de Casilda, desprendiéndose con trabajo del rostro de Gelabert, vagaba de cuando en cuando por todo el concurso, como si buscase con quien partir su gozo; y al detenerse máquinalmente en Antonelli parecía al mal-aventurado ingeniero que tomaba una espresion algo triste, como si le dijese: “Vete Antonelli, vete! yo te compadezco!...” —Embebecido en esta ilusion, no echó de ver que el Gobernador, desviándose de un corré en que platicaba con Antonio de Guzman, nombrado alcaide del castillo de la Punta para cuando se hiciese, Cristobal de Soto protector de los indios de Guanabacoa, y otros sujetos de nota, se acercó á él, y tocándole en el hombro con la familiaridad que le permitía su clase, le dijo: —“Ea, Sr. ingeniero; paréceme que está Vuestra Merced demasiado suspendido en mirar la hija del estremeño; de forma que muy bien podría preguntaros ella, con el romance viejo, aquello de

“¿Qué mirais aquí, D. Juan?

D. Juan ¿que mirais aquí?

Decid si mirais la danza,

ó si me mirais á mí?”

Turbose Antonelli sorprendido en su distraccion, y apenas acertó á responder balbuciente; —“Pues á fé que no era ella á quien miraba; sino á un guachinango que asoma por aquella puerta, y que me ha parecido conocer.”

En efecto, habia un guachinango, á la sazón vuelto de espaldas, en la puerta que señalaba Antonelli; pero ni le habia llamado la atencion hasta entonces, ni tenía porqué llamársela, pues negros y guachinangos eran los que servían á las señoras refrescos y conservas entre danza y danza. Bien conoció el Gobernador que aquella era una respuesta evasiva de Antonelli y llevándole del brazo hacia el cerco de donde se había separado, añadió burlándose: —“Vamos, vamos, Sr. D. Juan: dejemos embelecos, que ya se yo donde van á parar vuestros devaneos.”

¿Creerán Vuesas Mercedes, señores, prosiguió dirigiéndose á los del corro, que D. Juan es tan malamigo del bueno de Hernan Manrique, que no duda guardarle la calle á quien le gálantea la hija?"

—“¡Hola! ¿cómo así?” preguntaron ellos, celebrando risueños el chiste del Gobernador; pero Antonelli, con las mejillas mas encendidas que la grana, sin dar lugar á nuevos donaires, repuso en voz alterada y severa:—“Paso, paso, Señor Gobernador: que si algun necio ha osado divulgar cosas que no le están bien á esa dama, vive Dios que miente si añade que yo le haya servido de tercero.”

—“Reportaos, Señor D. Juan;” contestó el Gobernador tambien enojado; “que ese á quien desmentis es mi sobrino por una parte; y por otra debeis ver que yo soy quien os hablo, y me burlo.”

—“Si él es vuestro sobrino, Señor Gobernador, yo soy quien soy: y advertid que burlas en que pelagra la honra de una dama, no son burlas de buena ley, mucho menos en lugares donde mas de uno puede tomarlas por veras.”—

No pasaron tan secretas estas razones que no cundiese al instante por el salon la voz de que reñían Antonelli y el Gobernador; pero este, conociendo que de parte del primero estaba la justicia, y cuánto le importaba tenerle bien quisto, hubo de comedirse, y procurar que tambien se serenase el italiano, á quien dijo:—“Haya paz, Señor D. Juan; y no se diga que dos hidalgos se pierden el respeto por travesuras de un mancebo enamorado.”

Antonelli manifestó quedar satisfecho: pero la sangre le hervía en las venas; y si en aquel punto se le hubiese presentado Lupercio, es probable que le echara en rostro su locuacidad mentirosa, por haberse atrevido á achacarle oficios que no estaba en el caso de prestarle. Su antipatía al capitan, que á fuerza de reflexion habia logrado adormecer, renació con tal ímpetu que llegó á arrepentirse del movimiento generoso que la noche antes le hizo sacar la espada en su favor. Desazonado por demás se encaminó hacia la puerta, con ánimo de aguardar el día á solas en los baluartes; pero se le interpuso Hernan Manrique, con la cara mas risueña que nunca por los triunfos de su Casilda; y sin sospechar la borrasca que iba corriendo el italiano, trabó conversacion en estos términos.

—“¿Con que os vais al amanecer, Señor D. Juan?”

—“Si, Señor Hernando, me voy: ved qué se os ofrece para la Corte.”

—“Por ahora nada, á Dios gracias: pero cuento con la amistad de Vuesa Merced, para en caso de que llegue á ir al Consejo ese pleito de mis pecados.—¿Y del sarao, qué decís?Cuál de las damas os ha parecido mas hermosa? Habeis visto á Casilda por supuesto?”

—“Si, la he visto, Señor Hernando; y á fé que teneis buen modo de abonar vuestro negocio, recordándomela.”

—“Cuidado, Señor D. Juan que sois tenaz: ya os suponía yo libre de esa tema. Ea, venid á echar conmigo un brindis de despedida, que nos sabrá mejor que el trago que tomamos en el ingenio la tarde pasada; porqué, amigo D. Juan, los vinos de esta noche no tienen par.”

—“Ya os dije entonces que no me aficionan los vinos; y ahora mas necesidad tengo del fresco de la noche, que de sus espíritus.”

—“Pues por mi vida que lo errais: tres cosas ponen ligero el ánimo, aunque no sean de buena ley, y son, oro, mujer y vino; y yo al último me atengo; porqué el oro suele dar cuidados, la mujer nos pierde el oro, y el vino alegra sin mas ni mas que decir esta boca es mia, alzar el codo, y derramarle al pecho por encima de la lengua.”—

Desembarazose con trabajo Antonelli del estreñeño; y al salir precipitado, tropezó con el guachinango que había visto en la puerta desde lejos: volvieron ambos el rostro como era natural: y el italiano quedó un momento inmóvil al reconocer á Pablo; pero luego, haciéndole señas de que le siguiese, le preguntó cuando estuvieron solos.—“¿Qué buscas aquí, Pablo?”

—“Un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos, ó algunos reales con que comprarle.”

—“No es eso lo que yo te pregunto. ¿No temes que te conozca el capitan?”

—“Si el Sr. D. Juan es tan buen amigo suyo como parece, tal vez hará que me conozca.”

—“Yo no soy amigo de nadie,” replicó con enfado Antonelli, que dejándose arrastrar de una curiosidad maligna, procuró sondear las intenciones del campechano: pero este, hipócrita por índole, y además escarmentado con el lance anterior, supo dar tantas vueltas y rodeos á sus respuestas, que al c-^{do}

cansose el ingeniero, y volviéndole la espalda, subió por una rampa al baluarte mas avanzado en el mar, en cuyo ángulo saliente se levantaba el torreón del Morrillo, que servía de atalaya. Sentose al pié de la torre, y apoyando la frente en el brazo puesto sobre una almena, quedó al parecer tranquilo, pero en realidad devorado por todas las pasiones que anteriormente le habían combatido. ¡A Dios virtud! A Dios arrepentimiento religioso!... La venganza y los celos en concierto infernal, alzaron su voz de nuevo en el corazón de Antonelli, cuya cabeza comenzó á divagar, como si le arrebatase un torbellino, entorpeciéndosele por grados hasta terminar en una especie de abotagamiento, efecto ordinario de toda convulsion del ánimo. En tal estado, lo único que sentía era cierto susurro en los oídos, como si revolase dentro un pájaro que azotaba con sus alas las paredes del cerebro, arrancándole de rato en rato sor-dos gemidos, sin mudar por eso de postura.

Pasaron así algunas horas de delirio para Antonelli, de bullicioso placer para los del salón. Serían las tres de la madrugada: comenzaba ya á sentirse en el baile el cansancio que siempre se experimenta en ellos de media noche al día: los viejos bosteaban: á mas de una vigilante matrona se le cerraban á su pesar los ojos; y los mismos bailadores abrumados por el calor y la agitacion, tenían ya menos elasticidad en sus movimientos. Algunos salian á pasearse por el castillo; y como en semejantes ocasiones reina mayor franqueza que de ordinario, no pareció mal, ni aun á los padres mas huraños, que sus hijas recorriesen la fortaleza, de brazo con algun caballero. De este número fueron Casilda y Lupercio, quienes después de vagar por diferentes puntos, entretenidos en sus amorosos coloquios, subieron al mismo baluarte en que se hallaba Antonelli, cubierto con la sombra de la torre; de modo que no era fácil distinguirle, aunque solo distaba de ellos ocho ó diez pasos.

No se necesitaba tener el ánimo tan preparado como Casilda y Lupercio para gozar con la escena que se presentó á sus ojos, desde el parapeto. El cielo, sin embargo de estar limpio de nubes, excepto algunos celajes fijos en el oriente, como esperando el día, no presentaba un color igual en toda su bóveda; sino que mas oscuro en el cenit, iba desvaneciéndose con diversos matices hacia los horizontes. Los macilentos destellos de la luna, ya á mas de medio curso, al quebrarse de soslayo sobre el atumecido piélago, abrillantaban largo trecho de sus aguas, de-

jando lo demás en una media oscuridad, interrumpida á ratos por el ligero tumbo de alguna ola coronada de blanca espuma. La música del baile habia cesado en aquel momento, y solo alteraban el silencio los marineros de la flota con su melancólica saloma a llevar las anclas, para ponerse en franquía antes de amanecer, y los gritos agudos de una ave marina, que desvelada ó hambrienta, volaba inquieta por aquellos alrededores.

Al cabo de un momento de estar allí callados los dos amantes, como para percibir todas las bellezas de aquel conjunto, habló Casilda á media voz.—“No se qué tiene para mí la claridad de la luna, que en medio de la mejor diversion, derrama cierta tristeza deleitosa en mi alma, despertando en ella recuerdos de mi madre y de mi niñez. ¿No te sucede lo mismo?”

—“Si, Casilda, menos cuando estoy á tu lado, porqué entonces me persuado que solo para nosotros alumbra, y no hay lugar en mi corazon mas que para adorarte. Y ahora ¿tambien estás triste?”

—“Triste no, Lupercio: pero siento una emocion vaga, que no acierto á explicar; una inquietud sin motivo, como presentimiento de algun suceso doloroso que nos amaga.”

—“Te engañas, Casilda mia. Eso que tú sientes es la dicha; porqué parece que el corazon humano, dispuesto mas bien para gemir que para ser venturoso, duda de su buena suerte cuando se le presenta la dicha, y aun antes de gozarla, se asusta con el temor de que se le desvanezca como humo. Pero la nuestra no será vana, vida mia: el porvenir se nos pinta color de rosa; y antes de mucho se realizará nuestra esperanza, santificada con la bendicion del cielo.”—

Bajáronse sin saber porqué los ojos de la pudorosa doncella, y en seguida se alzaron para encontrarse con los de Gelabert en una mirada intensa; mirada de aquellas de indefinible espresion, con que palpitan los párpados entre-abiertos, que encierra la adoracion misteriosa de dos almas puras, y que no alcanza á explicar cumplidamente la frase mas dulce de todos los idiomas,—*Yo te amo!*...

—“¡Yo te amo!” fué lo que dijo tambien Casilda con lengua balbuciente. “Yo te amo, Lupercio, y soy feliz: nunca lo he sido mas que ahora!...pero con todo, siento en el fondo del corazon un peso, que me hace suspirar contra mi voluntad. Quiétemonos de aquí, Lupercio: tal vez será la vista del mar, ó el

canto de esos marineros lo que me turba el espíritu. Volvámolos al baile. Si....”

—“¡Al baile!...¿Prefieres acaso su agitacion á la calma de este sitio, donde pueden comunicarse á su sabor nuestras almas?”

—“No, Lupercio. Yo no prefiero el baile: pero desde anoche tengo un susto que no puedo dominar, y apetezco verte rodeado de gentes, aunque me roben tus palabras; porqué se me figura que estando solo puedes sobrevenirte alguna desgracia”

—“Esas son quimeras de tu fantasía que me llegan al corazon, Casilda, porqué me aseguran que me amas: pero, no temas, mi bien:” dijo Lupercio, rodeando con un brazo la cintura de Casilda, como si hubiera de disipársele el susto con estrecharla á su pecho. “No temas: y déjame saborear estas horas de inefable contentamiento, ya que anoche turbó nuestra plática aquel traidor. Mira con qué suavidad comienzan á moverse las galeras, y como blanquean sus velas á la luz de la luna. ¡Afortunados los que se van en ella, Casilda, porqué vuelven á ver su tierra!”

—“¡Deseas, tú irte, Lupercio?”

—“Si, Casilda. Deseo volver á Granada, y contemplar sus torres y sus jardines, bañarme en el Genil, y corretear por su vega; y ya lo hubiera hecho, si no me detuviese aquí un encanto, mas poderoso que la memoria de la patria,—el amor tuyo, ángel mio!...el amor tuyo, que vale mas que Granada, y mas que los aires de mi cara Andalucía; porqué aquello se ama como cosa de la tierra, y yo te adoro como joya del cielo; ó mas bien dicho, Casilda, mi cielo está en tus ojos, y mi patria en tu corazon.”—

Temblábale la voz y el cuerpo todo á Lupercio al decir estas palabras; y cediendo al mágico impulso de su pasion, con mas libertad de la que hasta entonces se habia permitido, puso por primera vez sus labios en la frente de la trémula doncella; á tiempo que el pájaro marino, cansado ó satisfecho ya de sus vuelos, al entrar en el torreón, donde debía de tener su nido, tropezó con sus alas en la campana de aviso, formando un son extraño y medroso que sobresaltó á los desapercibidos amantes.

Aquel sonido, semejante al que darían las cuerdas de una harpa, si se reventasen juntas, sacó tambien á Antonelli de su letargo, tan profundo, que nada habia percibido de lo que conversaron Casilda y Lupercio. Alzó la frente cubierta de sudor, y echando en torno la vista espantada, como quien vuelve de

un ensueño tormentoso, la detuvo en los dos jóvenes, que repuestos del repentino pavor anudaban el hilo de su interrumpida conversacion. No acertó á conocerlos de pronto, y tan confusas tenía las especies, que aun después de haberlos conocido, no le causó sensacion alguna hallarlos juntos de aquella suerte: pero no fué muy duradera su insensibilidad, pues á pocos momentos, al oir una palabra de Casilda, penetró la realidad de lo que pasaba, como si de golpe le quitasen un velo de los ojos. La sangre toda de sus venas refluyó con ímpetu al corazon, imprimiéndole un sacudimiento doloroso, que se comunicó al cerebro con una celeridad instantánea. Imposible sería describir el interior de Antonelli en aquel momento; porqué su corazon y su cabeza eran un caos de ideas y de pasiones las mas contradictorias: el rencor y los celos, el amor y el odio, se disputaban encarnecidos la preferencia, asomando tambien en medio de la revuelta batalla de afectos tan ardientes, otros mas apacibles, como el recuerdo de la noche anterior, y su propósito religioso.

En esto pasó á su lado un bulto, en quien puso los ojos; y todas su emociones se concentraron en una sola de temor y de espanto, al ver á Pablo el campechano, acercándose rápido hacia Lupercio y Casilda, vueltos de espalda. De un salto se puso en pié Antonelli; y como si adivinase lo que habia de suceder, corrió desatentado por la orilla del parapeto hacia aquellos gritando. “¡Pablo! detente!...” Pero ya era tarde!... El ágil campechano habia llegado antes que él; y suspendiendo el cuerpo en un solo pié, apoyado en el parapeto, descargó un golpe en el hombro de Gelabert que lanzó un hondo gemido, al mismo tiempo que Casilda un grito penetrante. El malaventurado mancebo, herido en el corazon, dobló una rodilla en tierra, y ya sin equilibrio, con el cuerpo fuera del baluarte, y en la agonía de la muerte, agarró con mano convulsa el faldellín de Casilda, haciéndola titubear en el borde mismo de la muralla, suspendida sobre un áspero arrecife, cuya base lamen las ondas. Erizáronsele á Antonelli los cabellos al ver el peligro de aquella muger adorada, que ya sin conocimiento ni fuerzas, cedia al peso de Gelabert, flotando en el precipicio: fuera de sí el desesperado ingeniero, tendió los brazos, y asiéndola con una mano por un ligero capotillo que se habia echado en los hombros al salir del salon para guarecerse del aire, pugnó por sujetarse con la otra á las piedras del parapeto. Consiguió en

efecto dilatar la caída: pero sus esfuerzos sobrenaturales fueron vanos para suspender á Casilda, y asentarla en el baluarte. Lupercio moribundo tiraba cada vez mas; Casilda aunque privada de sentido, gemía al magullársele las carnes contra las piedras: Antonelli sin atreverse á poner en ella los ojos desecados, sentia con horror que comenzaban á flaquearle las fuerzas, y un sudor frio le cubrió de piés á cabeza, al oir el capotillo que comenzaba á rasgarse. En esta angustia volvió al rededor la vista, buscando alguno que le auxiliase; y solo halló al guachinango con los brazos cruzados, contemplando, al parecer tranquilo, aquella escena horrible; y con voz ahogada y suplicante, "Pablo!" le dijo "Ayúdame á salvarla, y yo te prometo quanto oro apetezcas. Ven, Pablo!...no seas inhumano!...te lo ruego por Dios, por tu mujer, por tus hijos!..."

Pero el vengativo campechano, le respondió sin moverse: "Señor D. Juan, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Ya nos hemos visto las caras:" y con pasos mesurados, bajó por la rampa á la plaza de armas. Antonelli apenas pudo escuchar sus últimas palabras; porqué rasgándose de una vez el capotillo; rodaron juntos al abismo los malogrados amantes, formando sus cuerpos un ruido aciago al chocar en las escabrosidades del peñon, hasta caer en la mar, que los sepultó en sus ondas adormecidas!

Antonelli arrancó de sus entrañas la palabra "¡Bárbaro!..." y levantando al cielo las manos entrelazadas, apretose con ellas la frente, y se derribó en el suelo como herido de un rayo.

Los memoriales antiguos donde mas largamente se contiene esta verdadera relacion, dan á entender que el campechano Pablo, si bien procuró burlar la vigilancia de la justicia, hubo de pagar su crimen como merecía. Antonelli vivió algun tiempo mas, aunque se ignora cuando murió, y solo se sabe que después con nueva orden del Rey, fortificó á Puerto-Belo y reconoció el canal de Honduras. Por lo que hace al bueno de Hernan-Manrique, consta en las actas del Ayuntamiento de esta ciudad, que comia y bebia aun el 6 de abril de 1603 años, manejando la vara de alcalde ordinario, y ocupado en solicitar la Real licencia para erigir un convento de religiosas, por *haber muchas niñas en los peligros del mundo*; segun la frase del grave coronista, de donde hemos entresacado estas noticias, y en cuya veracidad descansamos.—ZACARIAS.

PENSAMIENTOS DE UN SOLITARIO.

¿Hay una ciencia, ó á lo menos algún ramo de enseñanza que merezca el nombre de aritmética mercantil? Es cierto que los comerciantes ejercitan con gran frecuencia las reglas de la aritmética; pero en el mismo caso se hallan los agrimensores, los pilotos, los astrónomos, los militares, y hasta los químicos, farmacéuticos y médicos, sin que sea inútil su conocimiento á los teólogos y juristas; de manera que si hay razon para establecer clases y escribir tratados de aritmética mercantil, deberían por paridad de circunstancias formar ramos especiales la aritmética geodésica, la náutica, la astronómica, la militar, la química, la farmacéutica, la médica, la teológica y la jurídica, ó por mejor decir, sería forzoso que hubiera tantas aritméticas como profesiones ú ocupaciones se conocen en la sociedad, porque no hay una sola á la que en poco ó en mucho no interese el conocer aquella ciencia.

Fundado en estas premisas, he mirado siempre como poco menos que ociosa la idea de abrir una clase de aritmética mercantil en esta ciudad costeada por fondos públicos, aunque se alegue á su favor la importancia comercial de nuestro mercado y la necesidad de colocar en los escritorios muchos jóvenes que no encontrarán fácil acomodo en otra parte. La aritmética se enseña con mas ó menos estension en todos los establecimientos de instruccion primaria y secundaria, y si los que á ellos asisten adquieren suficiente firmeza en sus principios y la soltura necesaria en la práctica de sus reglas, no pueden tropezar con serias dificultades en el desempeño de las operaciones usuales de un almacén ó de un escritorio, porque es cosa de risa el imaginar que al jóven principiante se le han de encargar desde el primer día los cálculos mas complicados de descuentos de letras y pagarés, cambios indirectos y otros semejantes. Bien sé que el comercio es una ciencia muy vasta

y complicada; pero esta ciencia no consiste en resolver por métodos *ad hoc* una serie de problemas especiales, sino en el conocimiento de los hombres y las cosas, y para adquirir este conocimiento vale mas un año de práctica que diez de universidad, aunque sea bajo la direccion de los maestros mas doctos.

El resultado de los exámenes celebrados el día 21 de abril último por los alumnos de la clase que sostienen la sociedad patriótica y junta de fomento de esta ciudad, y cuya relacion, algo inexacta si mi memoria no falsea, presentó el Diario de esta ciudad en su número 175, correspondiente al 24 del pasado Junio, viene en apoyo de las consideraciones que acabo de emitir. Conducido á ellos por la oficiosa importunidad de un amigo, habia contado con encontrar un número competente de alumnos de 12 á 16 años, que eran á mi parecer los únicos á quienes semejante instruccion podia convenir; pero quedé sorprendido y mortificado al ver catorce ó quince jóvenes, de los que muy pocos, si acaso algunos, bajarán de veinte años, ocupados en practicar con asombrosa rapidez una multitud de operaciones comunes y vulgares, en las cuales, segun infiero de lo que ví y oí, se han estado ejercitando por espacio de un año. ¡Así se malgasta el tiempo y el dinero, y se estrecha en vez de dilatarse, la capacidad de la humana inteligencia! Allí no habia que buscar teorías luminosas, ni principios generales, ni otra cosa que una seca y desabrida rutina, rivalizando unos con otros sobre quien escribiría mas aprisa las mismas combinaciones de guarismos que habrian escrito quizá algunos centenares de veces.

Si no obstante lo que llevo dicho, creen las respetables corporaciones que sufragan los gastos de la clase de aritmética mercantil, necesaria su permanencia, no seré yo quien me oponga á su generoso desprendimiento; pero me atreveré á sugerirles una indicacion para hacerla mas fructuosa. Tratándose como en efecto se trata, de una clase especial, que no debe llamarse de *aritmética mercantil*, sino de *operaciones mercantiles*, los alumnos que opten á sus plazas deben sufrir examen previo que acredite que están competentemente instruidos en los principios y en las reglas usuales de la aritmética, segun la práctica general de todas las escuelas especiales. Partiendo de aqui, bastarán sin duda cuatro ó cinco meses para que se impongan de cuanto es útil y provechoso en los compendios que en el dia les sirven de testo, ó en los mas estensos y metódicos que

pueden tambien usarse, pues todo está reducido á hacer aplicaciones de una ciencia, con la cual se han familiarizado, á una profesion particular. De este modo se podrán dar holgadamente dos cursos en el año, duplicando el beneficio y economizando el gasto, y quedarán tres ó cuatro meses para los exámenes, que deben celebrarse indefectiblemente al fin de cada curso, para que descansé el profesor y prepare con sosiego y comodidad los trabajos que le han de servir en los cursos sucesivos, pues es imposible que un hombre ocupado constantemente en la angustiosa tarea del magisterio, tenga ni el espacio ni la serenidad que necesita para reflexionar y escogitar los medios mas á propósito para hacer grata y provechosa la enseñanza.

El siglo decimoséptimo, tan memorable por los grandes descubrimientos con que, durante aquel espléndido período se enriquecieron las ciencias exactas y naturales, dejó resuelto en teoría y por dos métodos distintos, el famoso problema del *punto fijo* ó de la determinacion de la longitud en la mar. Si se logra construir, decian los sabios de aquella época, un reloj cuyo movimiento sea uniforme, sin que le perturben las mudanzas del clima ni las oscilaciones de la nave, el observador podrá á cualquiera hora del dia ó de la noche saber la que es en el meridiano en que fué arreglado; y como la del lugar en que se hace la observacion puede averiguarse tomando la altura del sol ó de una estrella, se tendrá por una simple substraccion la diferencia de tiempo de un lugar á otro, de donde se deducirá la de meridianos ó la longitud de la nave. El raciocinio era exacto y la experiencia ulterior le ha confirmado plenamente; pero el arte de la relojería se hallaba entónces en tal estado de imperfeccion, que casi se desesperaba de obtener por este medio el resultado apetecido, y no ofrecia menos dificultad la inexactitud con que se obtenian las alturas de los astros, valiéndose de los instrumentos que se conocian. Estos y otros hechos prueban cuan groseramente se engañan los que creen que el *arte* ha precedido á la *ciencia*, y que esta no hace mas que registrar los progresos de aquel. En el mayor número de casos, y siempre que se ha tratado de invenciones útiles é importantes, los artistas han sido guiados por los sabios, ó lo que es mejor, han sido á la vez sabios y artistas.

Continuando los primeros sus deducciones, añadían: si logramos perfeccionar las tablas que nos sirven para calcular el lugar de la luna, se podrá saber á cualquiera hora la distancia angular que la separa del sol ó de una estrella, y midiendo en la mar esta distancia, se tendrá tambien la diferencia de tiempos entre el meridiano de la nave y aquel para el cual se hayan construido las tablas. Mas para esto se requerian tambien dos circunstancias: que se perfeccionasen las tablas lunares, y que se inventase un instrumento á propósito para medir en la mar con suficiente exactitud las distancias angulares. Los astrónomos se encargaron de la primera tarea: á los artistas y á los marineros correspondia al parecer la segunda.

Pero aunque unos y otros se dedicaron con celo á tan útil empresa, y lograron mejorar hasta cierto punto los instrumentos conocidos, la gloria de la invencion que se anhelaba la alcanzó un hombre que jamás se habia embarcado ni era artista de profesion. Hadley, vice-presidente de la Real Sociedad de Londres, presentó á este ilustre cuerpo en la sesion que celebró el dia 27 de mayo de 1731, un instrumento tan sencillo como ingenioso, en el cual por la doble reflexion producida por dos espejos hábilmente combinados, se consigue mantener en contacto las imágenes de los cuerpos cuya distancia angular se intenta medir, sin que sirva de obstáculo el movimiento irregular de la embarcacion. Hadley no habia hecho misterio de su trabajo ni de los principios de óptica que le guiaban en unas investigaciones que duraron muchos años. Así fué que tanto por esta circunstancia, como por el atraso en que todavía se hallaba el arte del instrumentario y la consiguiente imperfeccion de los nuevos cuadrantes, pues tal nombre se les dió, un descubrimiento que cambiaba la faz de la ciencia y sentaba sobre sólidas bases la astronomía náutica, ni causó sorpresa, ni escitó la menor reclamacion. Mas cuando, gracias á los trabajos de Bird, Ramsden, Sisson, Dollond, Troughton, Bergé y Cary, se vió que el instrumento de Hadley media los ángulos con precision superior á la de los mejores círculos y cuadrantes de los observatorios terrestres, entónces se empezaron á presentar rivales deseosos de arrebatarle el honor de que estaba en pacífica posesion. Los amigos de Newton, como si no fuera bastante brillante la aureola que ciñe su frente, dieron la señal del ataque sosteniendo que desde 1699 habia inventado este genio inmortal el cuadrante de reflexion; pero además de la

grande amistad que Newton y Hadley se profesaban, y de que trabajando ambos de concierto para llegar al fin mencionado, se comunicaban sin reserva sus planes y sus ideas, lo único que aparece en las actas de la corporacion referida con relacion á este asunto, es el siguiente párrafo correspondiente al 16 de agosto del año citado de 1699: "Mr. Newton mostró un nuevo instrumento construido por él para observar la luna y las estrellas y hallar la longitud en la mar, *que es el instrumento antiguo enmendado de algunas faltas*, con el cual Mr. Halley ha calculado la longitud en el mar, mejor que los marinos por otros métodos."—De esta sucinta y confusa mencion, que no produjo el menor resultado en mas de treinta años, hasta el cuadrante de Hadley, media una inmensa distancia.

El Dr. Hooke y unastrónomo francés de apellido Grand-jean, se presentan en segunda línea; pero sus instrumentos difieren esencialmente en el principio de su construccion del inventado por Hadley, que es de doble reflexion, mientras los otros operan por dos distintas reflexiones, que hacen muy difícil obtener el contacto, y todavía mas el conservarle, de manera que ningún marino ha querido servirse de instrumentos contruidos por este sistema.

Thomas Godfrey, instrumentario de Filadelfia, construyó hacia la misma época un instrumento fundado sobre el propio principio que el de Hadley, del cual se dió noticia á la sociedad en una carta fecha en aquella ciudad á 25 de mayo de 1782, y en consecuencia se le asignó un premio de doscientas libras esterlinas. Pero por grande que sea la importancia que el espíritu de partido y la rivalidad nacional quieran atribuir á un hecho tan insignificante, el juicio mas favorable que puede formarse de los trabajos de Godfrey, es que tuvo alguna noticia imperfecta del cuadrante de Hadley, y que con este auxilio y su natural sagacidad, construyó un instrumento parecido al de este último, aunque inferior bajo todos conceptos. Sin embargo, tan grande ha sido el influjo de estas infundadas pretensiones, que en los Estados-Unidos se han forjado en nuestros dias mil absurdas y ridículas patrañas con la mira de asegurar á Godfrey el crédito de la invencion; y que un hombre tan instruido en estas materias como Sir John Herschell, ha estampado en su excelente tratado de astronomía esta notable expresion: "tal es el sestante ó cuadrante, comunmente llamado de

Hadley, del nombre de su *reputado* inventor."—He aquí uno de los numerosos y desgraciados ejemplos del modo con que la perversidad de la especie humana recompensa á sus mas insignes bienhechores. Mientras estos se consumen en laboriosos esfuerzos para alcanzar algun objeto, los insulta y escarnece, tratándolos de locos y visionarios; presentan el fruto de sus ímprobos estudios, y los acoge con la frialdad de la indiferencia ó con el sarcasmo de la incredulidad; mas triunfa por último la ciencia, y se averigua que un nuevo descubrimiento proporciona goces desconocidos á nuestros antepasados, y entónces la negra envidia toma á su cargo el castigo del infeliz inventor: unas veces despedaza su reputacion con infames calumnias, otras le acusa de hechicería ó sortilegio, y cuando el estado de la sociedad imposibilita semejante inculpacion, se esfuerza en probar que el supuesto hallazgo es un plagio, prefiriendo coronar un nombre obscuro y desconocido, á trueque de despojar al mérito del premio y del honor que le es debido.

Tal es la historia de lo que ha sucedido siempre en el mundo y de lo que continuará sucediendo hasta la consumacion de los siglos. Copérnico, muriendo el mismo dia en que recibió el primer ejemplar de su libro inmortal, después de treinta años de asiduas observaciones y prolongados estudios, se libró de una persecucion encarnizada y del disgusto de ver eshumar una porcion de pasajes de los filósofos pitagóricos para disputarle la gloria de su sistema del mundo; Galileo expió en la prision y el destierro la noble osadía de haber abrazado las doctrinas del canónigo prusiano, y el crimen menos perdonable del descubrimiento de los satélites de Júpiter; Harvey, acosado por las mas violentas y vergonzosas diatribas, vió atribuir sucesivamente su bellissimo hallazgo de la circulacion de la sangre á diversos médicos, filósofos y hasta padres de la iglesia antiguos y modernos, como si algunas espresiones vagas, escapadas por casualidad, pudieran equipararse á una demostracion clara y esplicita que forma una nueva era en la ciencia de la organizacion del reino animal; Fulton, víctima de la ignorancia y la malicia de los que le rodeaban mientras construía el primer barco de vapor que ha tenido un éxito feliz, que apenas pudo conseguir que sus compatriotas se prestasen á presenciar la esperiencia cuando estuvo concluido, ha recibido después muestras no menores de envidia é ingratitud, disputándosele su gloria ya en el nombre de un Blasco de Garay,

ya en el de un Jonatham Hulls, ya en el de otros todavía mas oscuros. Es necesario repetirlo: el mérito de una invencion no pertenece á cualquiera que haya tenido algunas ideas confusas ó practicado algunas infructuosas tentativas, sino al que realiza aquellas ideas y las aplica á la satisfaccion de las necesidades de la sociedad. Cuando se recorren estos y otros ejemplos, se maravilla el lector de que aun haya hombres que quieran servir á sus semejantes; pero tal es la altiva condicion de las almas generosas, que contando con las penalidades que acompañan á su gloriosa mision, la siguen hasta su término, sabiendo que jamás han de alcanzar el fruto de sus fatigas, y que á lo sumo la posteridad les hará una estéril y tardía justicia.

Buenaventura Des Periers, chambelan de la reina de Navarra Margarita de Valois, hermana de Francisco I, publicó en Paris en 1537 y reimprimió en Lyon el año siguiente, una coleccion de diálogos satíricos sobre varios asuntos con el título latino de *Cimbalum mundi*, porqué el autor suponía según la moda de aquellos tiempos, que la había traducido de dicho idioma. Pocos meses después, en 1539, se suicidó el mismo Des Periers por motivos desconocidos, pero que probablemente no tenían relacion con su libro. El gobierno francés, ya por las sospechas con que miraba todo lo que procedía de la corte herética y libertina de Navarra, ya por haber imaginado que bajo el velo de la alegoría se lanzaban en el *Cimbalum* tiros alevosos contra la religion católica, prohibió su circulacion, recogió todos los ejemplares que pudo haber á las manos, y aun mandó prender y encausar al editor parisiense, sin que se sepa que se le hubiese impuesto ningun castigo. Por estas circunstancias, unidas á la falta de mérito literario, el libro de Des Periers quedó olvidado hasta principio del siglo XVIII en que se hicieron de él algunas ediciones, entre ellas la de Amsterdam de 1732, de la que poseo un ejemplar, y solo conservó la tradicion las noticias que podian perjudicar á la memoria de su autor, y que en efecto la perjudicaron en gran manera, contribuyendo á engrandecer en el peor sentido la reputacion de su obra. Partiendo sin duda de estas noticias imperfectas y exageradas, escribió Enrique Etienne que Buena-

ventura Des Periers, el autor del detestable libro titulado *Cimbalum mundi*, se suicidó por disposición de la Divina Providencia en castigo de su delito. Otros muchos, adoptando este juicio precipitado, le llevaron mas adelante, y no tuvieron empacho en afirmar de oídas que el *Cimbalum mundi* era un libro lleno de impiedad y blasfemia, digno de ser quemado con su autor, uno de los ateos mas peligrosos que jamás hubiesen existido. Católicos y protestantes estaban conformes en este fallo, que copiaron sin exámen escritores de primer órden y críticos de un mérito eminente, como el P. Mersenne, Voecio, Spigelio y el célebre Bayle. Sin embargo, cuando nos proponemos averiguar hasta que punto es exacto, encontramos con la mayor admiracion, que toda esta severidad recae sobre cuatro diálogos harto insípidos y vulgares, en que el autor hace algunas alusiones casi ininteligibles á las disputas de los calvinistas sobre la gracia y el libre alvedrío, y á las pretensiones exageradas de los luteranos, que pretendían haber restaurado la fé cristiana á su pureza primitiva. Por manera que si estos y los prosélitos de la iglesia de Ginebra no carecian de motivos para estar sentidos contra Des Periers, los católicos tenían que agradecerle sus buenos oficios, y la corte cristianísima de Francia debió premiarle en lugar de perseguirle, ó lo que todavía fuera mejor, unos y otros debieron desdenarle. Si hubiese escrito con mas lucidez, se habría adquirido el apoyo de uno de los partidos que dividían la iglesia y el estado; pero en su lenguaje enigmático, los católicos sospecharon un sentido oculto y de alta trascendencia, y los protestantes percibieron claramente la agresion de uno de los miembros de su propia comunión, y por distintos fines conspiraron unos y otros contra él. Así se forman sobre los mas débiles cimientos reputaciones colosales, que el soplo de la verdad destruye en un momento, después que han agitado el mundo, haciéndonos ver lo poco que vale el juicio de los contemporáneos, y el riesgo que se corre en dejarse llevar de ajenas opiniones.

He leído varias veces y en diversos autores acreditados; que la tierra está habitada por mil millones de personas, proposicion que estoy muy dispuesto á dejar correr, tanto porqué no pienso dedicarme jamás á contarlas, cuanto porqué no he

Ayuntamiento de Madrid

de sufragar los gastos de su manutencion ; antes bien, propo-
niéndome demostrar por cálculos y guarismos las ventajas de
la economía, el resultado final será tanto mas favorable cuanto
mayor sea el número de personas que se dediquen á economi-
zar, segun el refran castellano de *á mas moros, mas ganan-
cia*. Sentados estos preliminares, he aquí mi modo de discurrir:
si cada una de estas personas ahorra diariamente un *chico*, que
por cierto es bien poca cosa, tendremos cada dia mil millones
de chicos, que hacen 30,000 millones de chicos al mes, y
365,000 millones de chicos al año, haciendo gracia de los bi-
siestos, cuya generosidad espero se me agradezca. Estos 365,000
millones de chicos equivalen á 45,625 millones de reales, ó
sean 5.703.625,000 pesos ahorrados cada año ; y con esta su-
ma, y por medio de contratas bien dirigidas, ¡cuántos millo-
nes de peonzas y papalotes se podrán comprar para perdura-
ble diversion de la parte muchachil del género humano!

No se arroje el lector á condenar precipitadamente mis
cálculos. Escritores de mucho fondo, ó que á lo menos tienen
reputacion de tales, que para el caso es lo mismo, no racioci-
nan de otro modo, figurándose que á fuerza de adiciones, mul-
tiplicaciones y aglomeraciones de guarismos, demuestran ma-
temáticamente lo que no es susceptible de demostracion. Este
abuso de la aritmética, uno de los mas ridiculos y reprensibles
que conozco, es el que debe condenarse.

Fin del tomo segundo.